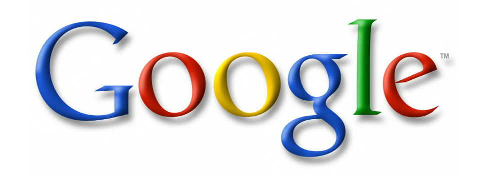


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

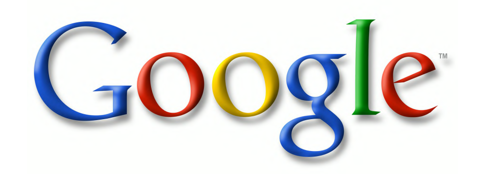
Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

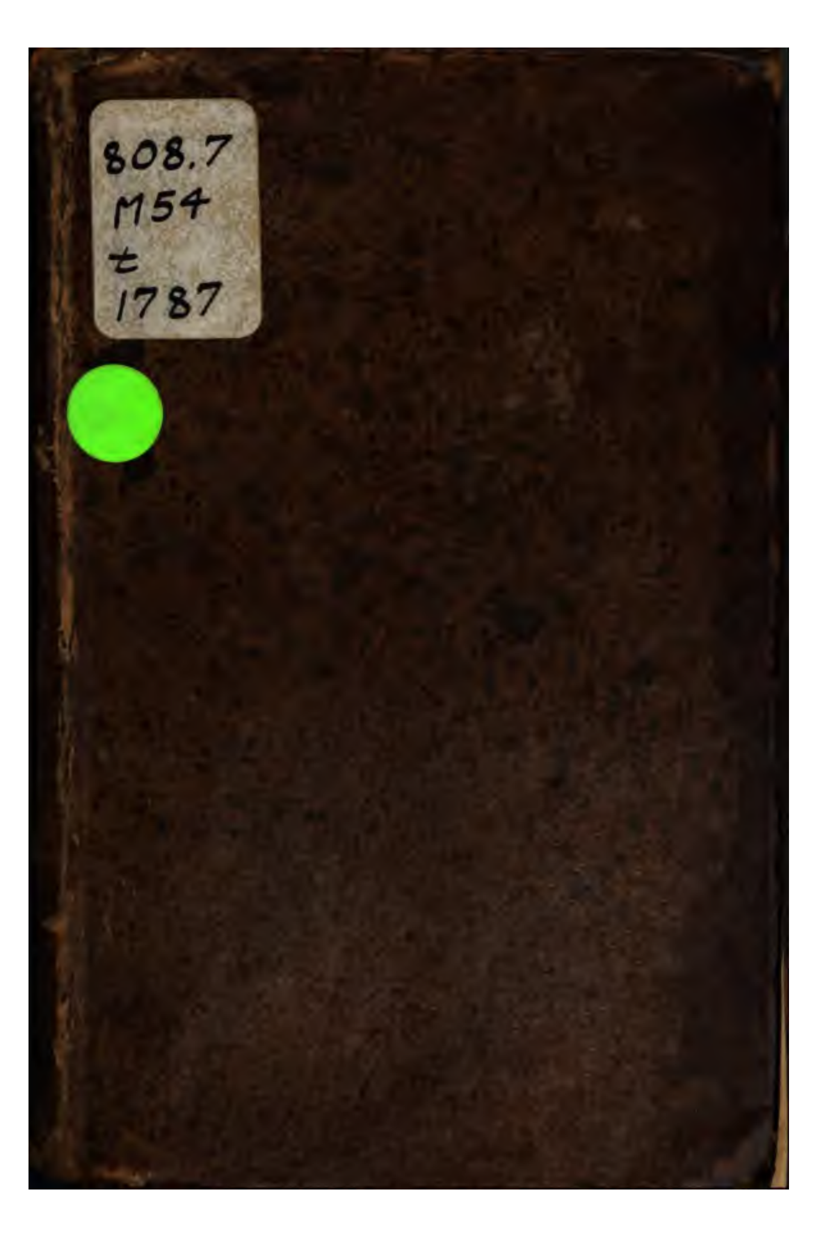
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

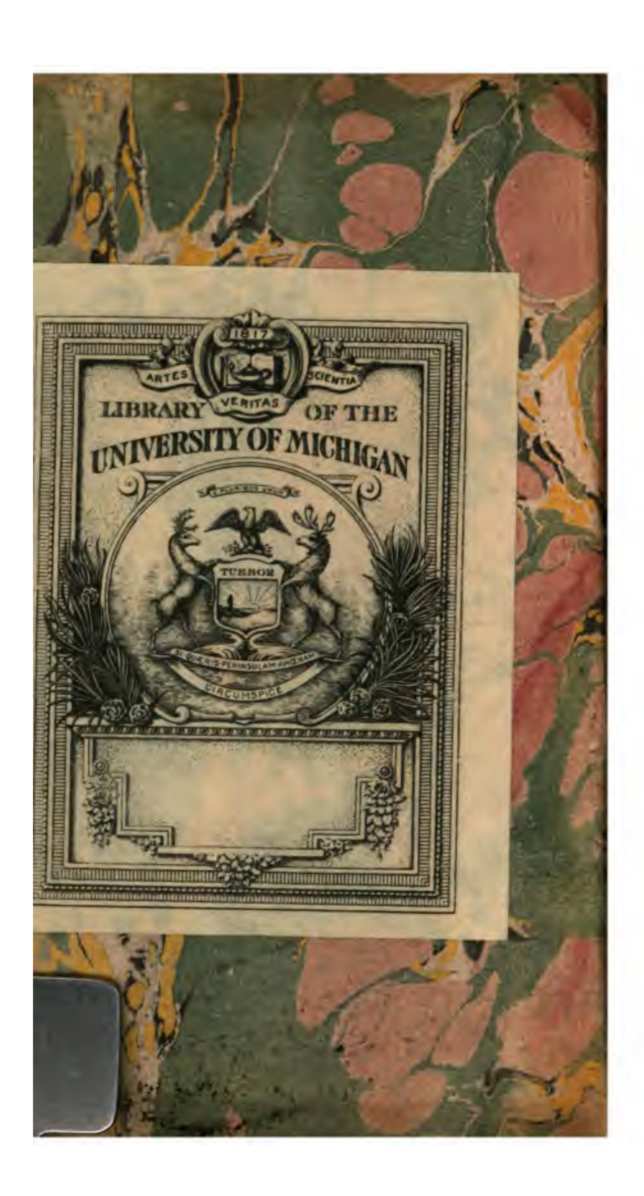
Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`


808.7
M54
t
1787



1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE



Gm 366
1A

DECLAMACIONES
CONTRA LA CHARLATANERIA
DE LOS ERUDITOS.

Trasladadas de las que escribió en Latin

JUAN BURCHARDO

MENCKENIO.

Mencke, Johann Burkhard



EN MADRID:

EN LA IMPRENTA REAL.

1787.

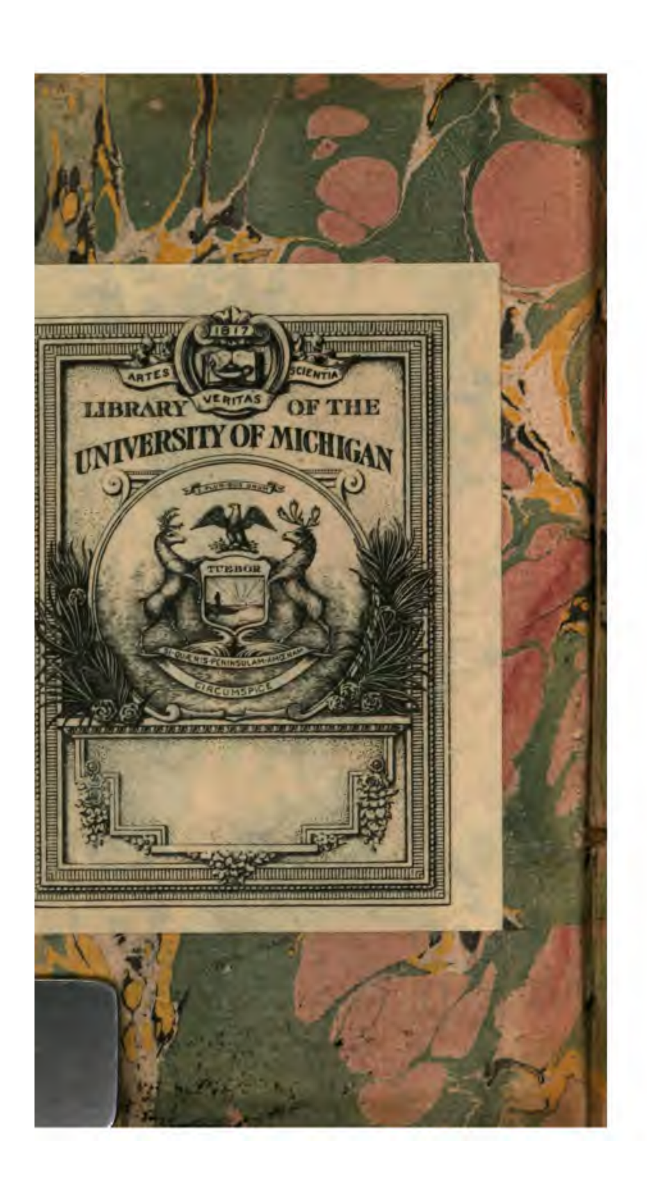
808.7
M54
t
1787

65722P-176

ADVERTENCIA.

Aunque el Autor de esta Obrita vivió separado de la Comunion Católica, y por consiguiente se explicó en algunos pasages conforme á los sentimientos de su Secta; en la traduccion hemos procurado limpiarle de esta escoria, conservando lo útil, y dexandola en términos que no desdiga de la profesion de nuestra santa Religion. Hemos creído que por este medio se pueden hacer útiles á nuestra Patria: muchas Obras prohibidas por la licencia de sus Autores en materias de Religion: pues omitiendo lo perjudicial, queda lo solo útil, para que ceda en provecho nuestro. La traduccion, pues, de esta Obrilla, no lo es verdade-

ra-


1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE



sus acciones. Aumentada excesivamente con el curso del tiempo la ansia del interés, de tal suerte hizo degenerar el fin y objeto de las representaciones teatrales, que ya los que hacen profesion de este arte, sin atender á la enmienda de las costumbres, de nada cuidan sino de arrancar la risa á los circunstantes, carcaxadas, ruídos y aplausos impertinentes: ó si recitan alguna accion triste, despertar en el ánimo del que oye afectos alagüeños, sin otro fin que obligarle á que llore por diversion. La corruptela ha llegado á tal extremo, que calificandose ya el mérito ó demérito de los Dramas, por los aplausos ó desprecios que merecen al vulgo, el qual, ciego sectario de aquello á que el mas atrevido quiere incitarle, sigue ca-

casi siempre el aplauso que empieza á dar al Drama pequeño número de Espectadores; los Representantes, abusando torpemente de esta facilidad del vulgo, llevan al Teatro aplaudidores alquilados, que vendan el sonido de las palmadas, é inciten á darlas á todo el auditorio quando desean lograr aprobacion de lo que representan. De aqui nace, que así como hemos visto desaprobados á veces, y hechados del Teatro excelentes Dramas con burla, con escandaloso desprecio, y con todo genero de irrision; hemos visto tambien recibidos, alabados, y ponderados Dramas insulsísimos, pudiendose exclamar de los que los aplauden

¡ Ojos enfermos y contentos vanos !

¿ Quién puede en el mundo haber

ber

ber excedido en ignorancia é ineptitud al Francés Juan de la Serre? Con todo eso: quantas veces representaba la Tragedia de Tomás Moro en presencia del Cardenal de Richelieu, como á un niño se la veía derramar lágrimas á este Héroe. Pero ¿ quién lo diría? Este mismo Cardenal, varon de grande ingenio, agudo, perspicacísimo, quando el Cid de Corneille llebaba tras sí los élogios de todo el público, y era antepuesto en el comun concepto á todas las Tragedias de su édad y de las pasadas, confesaba de sí que no hallaba cosa en el Cid que pudiera agradarle extraordinariamente; y no paró hasta obligar á la Academia Francesa á que exercitase en la excelente Tragedia todo el rigor y severidad de la crítica; bien que Cor-

nei-

neille, oponiendo por única respuesta la aprobacion pública, solo con atenerse á ella hizo la mejor y mas enérgica apologia de su Drama. Declaremonos de una vez. El aplauso es ciertamente cosa maravillosa: y sin salir todavia del Teatro, con dificultad se puede resolver, si es mas poderosa para producirle la presencia de algun Varon respetable, aunque sea del mismo Príncipe; que el juicio y favor del grosero vulgo. Bien sabido es lo que refiere Macrobio de Julio Cesar: que favoreciendo con extremado ahinco al Mimo Laberio en oposicion de su competidor Publio Siro, á quien con grandes premios habia llamado á Roma; no pudo impedir que el pueblo inclinase su favor á Publio, declarandole vencedor: lo qual dió

ocasion á que dixese á Laberio aquellas célebres palabras:

Protegiendote yo vencido fuiste,
ó Laberio, por Siro.

Conocia bien este poder del vulgo en los aplausos el festivísimo Moliere; el qual para ganarlos del todo en la representacion, antes de poner sus Comedias en el Teatro, las leía á su criada, y adoctrinado en el instinto, ó sea vulgar discernimiento de ella, corregiá con suma atencion quanto á ella le desagradaba: sí bien no faltó ocasion en que la aprobacion del Rey Luis XIV. fue bastante para inclinar á su favor el de los oyentes. Representaba la primera vez su *Paysano Noble*, hallandose presente el Rey: calló éste, y todo el auditorio juzgó friamente de la Co-

me-

media. Elógiala el Rey en la segunda representacion, y en el instante fue excelentísimo el *Paysano Noble*; resonaron las palmadas por todo el ámbito del Coliseo, y no hubo uno que no siguiese la voz del Príncipe, como el dia antes habian imitado el silencio. Mas ¿quántas veces no ha sucedido tambien, haber hecho ridículos á excelentes Dramas una bufonada ó chiste importuno? Una casualidad de estas hizo que el Abate Abeille no pudiese jamás ver concluida la representacion de su Coriolano, Tragedia no del todo despreciable. Hablando en ella el Héroe á su hermana, la hacía esta pregunta;

Por ventura, ¿del Rey, ó hermana mia,
Nuestro Padre te acuerdas?

á la qual un bufon de entre la

turba de los mosqueteros respondió prontamente:

¿No se acuerda?
Tampoco de él me acuerdo yo á fe mia.

cosa que lebantó tanto ruído en los concurrentes, que el triste Coriolano no volvió á comparecer en las tablas sin experimentar los silvos é irrision del concurso. La materia ofrece exemplos abundantísimos, si quisiesemos recorrer todos los Teatros antiguos y modernos. El mismo Eschilo, varon de gran ingenio, habiendo escrito, y representado noventa Tragedias, en solas veinte y ocho, ó como otros quieren, en solas treinta se cuenta que triunfó; y ofuscado finalmente por Sófocles, muy inferior á él en años, indignado, y apelando al juicio de la posteridad, dexó

á

á Atenas, y desnudo de gloria se fue á Sicilia. Pindaro, tenido por inimitable si creemos á Horacio, habiendose ofrecido al juicio de oyentes Tebános, gente ruda é indocta, cedió cinco veces á la poetisa Corina, lo qual por burla le llamaba *puerco*, aludiendo á aquel probervio de los Griegos, *el cerdo quiere competir con Minerva.* ¿Y quántas veces no vieron sus Ciudadanos al elegantísimo Poeta Inglés Juan Driden, lamentarse de la poca suerte que lograban en el Teatro aquellos mismos Dramas suyos, que en la lectura merecian singulares elogios á hombres inteligentísimos? Ni faltan memorables exemplos de otros muchos Poetas, que teniendo bien sabidos los preceptos dramáticos, jamás pudieron arrancar el aplauso á

los Espectadores. Lo qual advertido por otros torpes é ignorantes Escritores de Dramas, abandonando la decencia, el decoro, la juiciosa regularidad, buscaron solo medios para excitar la risa; mas con tal insolencia, que si damos credito á Castelveto, en su tiempo hubo Farsantes que se atrevieron á representar en Roma la Pasion de nuestro Redentor tan indecentemente, que el concurso no pudo menos de desatarse en risa, y el inefable Misterio de la Redencion sirvió sacrílegamente para excitar las carcajadas en un vulgo rudo. Es indecible lo que daña á la perfeccion del Teatro en algunos paises de Europa esta costumbre italiana, adoptada é imitada con demasiada inconsideracion. Los Representantes buscan

la

la alabanza en la risa de la baxa plebe, y como esta no sabe reir sino con bufonadas de truán, mezclan en los Dramas chocarrerías indecorosas, y sacan al tablado bufones y gesticuladores ridículos, para que diciendo quantas frialdades, suciedades y groserías les vengan á la boca, ganen la aprobacion y los clamores de la plebe infima. Creen que aumentan asi el numero de los concurrentes: que hacen seguras las ganancias: que consiguen la gloria que necesitan. Y en verdad, no se engañan mucho; considerando que siempre es el mayor el numero de los mentecatos: gente que queriendo ser engañada, es dignísima de que se la engañe.

Pero ¿á qué fin me detengo yo tanto en estos Teatros desti-

tinados para engañar á pocos, y esos no muy avisados, ni de finísimo discernimiento? El orbe de la tierra es todo un teatro, en que los mayores y mas ridículos histriones son todos aquellos que con grande ansia y solicitud de ánimo buscan la fama, la gloria y el aplauso del restante número de los hombres. Cuentase de Carlos Patin, que hallandose hospedado en Basiléa en casa de un Doctor Médico, preguntó á un hijo de este, profesor de la misma Ciencia, de quántas partes constaba la Medicina; y respondiendo el mozo, segun la sentencia comun, que de quatro, á saber, *Phisiológica*, *Pathalógica*, *Semeiotica*, y *Therapeutica*; Patin le replicó que habia omitido la principal, que es la *Charlatanería*, sin cuyo cono-

nocimiento y profunda noticia creía él, que ninguno era digno de apellidarse Médico. A la verdad, no se engañaba Patin: porque sin hacer caso de los embaidores y corrilleros, que por calles, plazas, barrios y arrabales andan engañando á la ignorante plebe, vendiendola vagatelas por específicos milagrosos; ¿qué Médico hay hoy, que no haga en todas partes ostentacion, y se jacte de sus admirables medicamentos, *licores vigorosos*, *aceytes incombustos*, *hieras hermeticas*, *panaceas*, *momia magnetica*, *oro potable*, *polvos de vivora gemados*, *esencias triacales tinturas*, y otros mil remedios de este calibre, que envuelven en nombres portentosos? Con todo eso: no hay que limitar á solos los Médicos la Charlatane-

nería. Por todas partes tiene colocado su imperio en los Erudítos; cuya grande felicidad está en la aura popular, apetecida por ellos no menos que la aura de la vida. Preste atencion á lo que voy á decir el que desee evitar este desagradable vicio en la profesiòn de la literatura. Los exemplos agenos le servirán de desengaños, para que no tropiece en los escollos que no supieron evitar hombres por otra parte de sobresaliente mérito y ciencia conocida.

Del modo que los Curanderos suelen hacer ostentacion de sus privilegios y diplomas, y solicitar pomposos y extraordinarios títulos en recomendacion de su habilidad; asi tambien en el orbe erudíto se halla ya generalmente gran número de Litera-

ratos que, á modo de Saltambancos, ponen su principal lustre y gloria en poseer ciertos títulos honoríficos, que estando destinados para los que son realmente sábios, llaman el ansia de los que quieren parecerlo sin sabiduría. ¿Quántos Académicos tropezamos á cada paso, que ya se creen hombres sapientísimos, y oráculos infalibles en la literatura, porque una Comunidad literaria cometió la necedad de colocarlos en la lista de los que han de ocupar sus asientos? ¿Y qué diremos de aquellas nomenclaturas raras y risibles con que procuran y aman singularizarse las Academias de Italia? En unas son *Argonautas* los Individuos: en otras *Seráficos*: en esta *Elebados*: en aquella *Inflamados*: *Olímpicos*; *Parténicos*: *Entronados*:

dos: y no solo estos; pero *Obscuros*, *Immaduros*, *Infecundos*, *Obstinados*, *Ofuscados*, *Ociosos*; *Soñolientos*, *Inhabiles*, *Fantásticos*. Esta enfermedad parece que es connatural de aquel clima. La ridiculez ha llegado entre ellos hasta haber quienes poco contentos con los nombres que recibieron de sus padres, ciegos idólatras de la Antigüedad, los trocaron por nombres Romanos antiguos, como se vió en Mayoragio y otros, menguados imitadores del extravagante Pomponio Leto, especialmente en el Pontificado de Paulo II. Mas volviendo á los títulos; ¿quánto no degradaron por esta manía el eminente mérito de su saber aquellos dos célebres émulos, Julio Cesar Escaligero, y Gaspar Scioppio? El primero, amonto-

nan-

nando pareceres de los Jurisconsultos de muchas Universidades, publicaba ser descendiente de los *Scalas*, Príncipes de Verona, y al mismo tiempo se apellidaba *Crítico*, *Poeta*, *Médico* y *Filósofo*. Scioppio, probando tambien lo ilustre de su prosapia con testigos juramentados, se ofrecia al público con esta nomenclatura magnífica: *Gaspar Scioppio, Patricio Romano, Caballero de San Pedro, Consejero del Emperador, del Rey de España, y del Archiduque de Austria, Conde Palatino, y Conde de Claravall.* Paso en silencio los exemplos de aquellos, que asi como fueron inferiores á estos dos en la erudicion y doctrina, tampoco se propusieron otro designio que el de cargar sus nombres con larga cáfila de títulos,

persuadidos de lo que tal vez vale este arbitrio para conseguir nombre en la literatura. Y yo ciertamente confieso de mí con ingenuidad, que he admirado mas de una vez la ambicion de nuestros Mayores, que usurpando á la Magestad la grandeza de los dictados, no se avergonzaron de trasladarlos á las escuelas, y se llamaron *Ilustres*, *Excelentísimos*, *Clarisimos*, *Espectables*, títulos concedidos antes solamente á los Reyes, Príncipes ó Senadores de Roma. "Cosa es por "cierto para reir, (dice un Va- "ron de elegante ingenio) vér del "modo que desean hoy ser lla- "mados *Clarisimos*, muchos á "quien nadie conoce fuera de los "muros de su Ciudad: *Magníficos* "algunos que se estan muriendo "de hambre en sus casas: *Consul-*

"*ti-*

»*tisimos* muchos en quienes hay »muy poco ó ningun consejo: y »*Excelentisimos* aquellos á quie»nes aventaja en ciencia qual»quier principiante: « Y en verdad, si en los tiempos pasados, quando el Emperador Carlo Magno publicó (segun se dice) el libro *de las Imágenes* contra los Griegos, se le aplicó en la inscripcion el elogio de *Excelentisimo y Espectable*, devido ciertamente á su dignidad, y al saber con que la acompañaba; ¿quál es hoy entre los Doctores obscuros el que no cree (¡tanta es la tiranía del uso sobre los vocablos!) que es acreedor á tanto elogio con mejor derecho? habiendo ya llegado á tal extremo el abuso de esta vanidad, que casi son tenidos por locos en algunos países los que, al modo

que Bulliardo en Polonia, rehusan admitir el tratamiento de *Excelencia*. Ni es reciente este mal. En los mismos principios de la restauracion de las Letras creció tanto el ansia de los honores vanos, ó la manía de los títulos, que hubo quienes llamaron *Invictisimo* al Jurisconsulto Bártolo, contemplandole como uno de los Gefes de la erudicion. Dexo aparte los distintivos de los Doctores Escolásticos, *Iluminados*, *Admirables*, *Universales*, *Fundadisimos*, *Resolutisimos*. Pero no callaré lo que á hombres veraces he oído contar de Juan Segero, Poeta laureado, y Rector de la Escuela de Witeberg. Hizo pintar en una lámina un Crucifixo, delante del qual puesto en pie el mismo Segero, preguntaba lacónicamente

al

al Salvador, en un renglon que se encaminaba á este desde su boca: *Señor Jesus, ¿me amas?* á cuya pregunta respondia el Salvador en otro renglon, con toda esta pompa: *Clarisimo, Excelentisimo, y Doctisimo señor Maestro Segero, Poeta laureado, y dignisimo Rector de la Escuela Witebergense, yo te amo.*

Verdad es que vale mucho para ganar á los imperitos é indoctos, el título y dictado con que cada uno se les presenta: necedad vulgar que conocen bien los que, ó publican obras con llamativos que inciten á la compra, ó convidan al pueblo á que los oyga, ya en Actos, ya en Declamaciones públicas. Y empezando por las Declamaciones: el que elige una materia rara y propia para dár pasto á

los oídos, ya cree que llenó todas las medidas de su ministerio. Lo que se cuenta de Alano de Insulas, pertenece especialmente aqui. Divulgó que para cierto dia tenia dispuesto hablar en público sobre el Misterio de la Trinidad. La multitud que acudió á escucharle fue inmensa: pero él, queriendo castigar su curiosidad, subió á la Cátedra, y hablando muy pocas palabras, *basteos*, dixo, *haber visto á Alano*: y con esto, baxando, y yendose, engañó la espectacion de todos. Este uso vano y jactancioso introduxo sin duda en Alemania la nueva profesion de los que se intitulan Pansofos; gente que poseyendo apenas un escaso y superficial conocimiento de alguna parte de la Filosofia, para sacar el dinero á los impru-

dentes, se jactan y publican que aclararán y enseñarán los mas recónditos misterios de aquella Ciencia. Diria mas de los que con ofrecimientos especiosos atraen discípulos á sus Escuelas; sino previese lo mal que han de llevar algunos, que se pongan tan de manifiesto las trampas y artificios de que se valen para lograr fines muy agenos de las Artes y profesiones en que se exercitan.

Vengamos, pues, á los títulos de los libros. Todo se puede esperar en ellos, menos legalidad. Magníficos por lo comun, y con grandes promesas: materias no sabidas, argumentos sublimes, pero ¡quántas veces burlan las esperanzas de los inocentes é incautos! Es digno de trasladarse aquí, lo que dice de

los Griegos Plinio el mayor. »Es»ta Nacion, dice, tiene gran »felicidad para poner títulos á »sus Obras. Cerion intitularon lo »que querian se entendiese Panal: »otros Cuerno de Amaltea, de »tal suerte, que creerías poder »hallar en el libro algun trago »de leche de gallina. Tambien »Musas, Pandectas, Enchiridio, »Tabla, Prado, Cédula, inscrip»ciones por las quales te resolve»rias á no comparecer en juicio al »dia citado. Pero si llegas á in»ternarte en lo escrito ¡Dioses »y Diosas! quán poca substan»cia hallarás. « Hasta aqui Plinio. Mas asi como los mismos Romanos imitaron poco despues esta costumbre de los Griegos, ninguno debrá extrañar que nuestros modernos se hayan tambien dado á pensar títulos gallardos

»y

y de baraúnda. De aqui nace hallarse á cada paso tantos tesoros de Antigüedades y culta Latinidad, que al registrarlos no dan de sí mas que carbones: tantas Medulas de Filosofia y las demás Ciencias en que nada hay de medula; y solo se palpa arena sin cal: tantas sales y donayres en que ni un solo grano de sal se percibe: finalmente, tantos Atlas y Teatros históricos, á quienes sin injusticia se les puede aplicar aquel verso de Catulo,

¡Anales de Volusio, papel puerco!

Paso en silencio tantas *Llaves de Oro, Métodos Reales, Escalas al Parnaso, Oceanos macro-micro-cosmicos, Escudos de la Verdad, Fortalezas de las Ciencias, Inventarios del celebro humano*, y otros mil libros, en que se cuel-

cuelga el título esplendido, como la hiedra en los puestos de vino, para que acudan compradores. Ni faltan quienes (sin duda para parecer profundos) adornan, ó por mejor decir enredan sus títulos con alegorias y figuras retóricas, tales, que por muy agudo y penetrativo que sea el Lector, apenas podrá sacar en limpio el argumento de la obra. ¿Quién habia de creer, que aquel frontispicio de Juan Ajo, *Triunfo de la Verdad, llevada en la quadriga del Evangelio ordenado, y comboyada del exercito de los Santos Padres*, que se imprimió en Duaco el año nono del siglo pasado, no habia de ser en el fondo otra cosa que una Concordia de los Evangelistas? Y porqual especie de insensatez diremos, que un Médico de Leipsick,

sick, publicó ya algunos años un libro con este título: *Derecho público, esto es, Conclusiones Médicas sobre el dolor de cabeza*? Pues ¿y aquel de los Hermanos de la Cruz rosada, *Bucina del Jubileo ultimo: Nuncia anticipada de la Eva hiperbòlea: Herìdora con su clamor de las cumbres de los montes de Europa*, &c. en que no parece sino que se quiso dar una muestra de títulos macarrónicos y despropositados? Pues ¿y el *Anfiteatro de la sola sabiduría eterna, Christiano-Cabalistico, Divino-Mágico, como tambien Físico, Chímico, Tertriuno-Católico*, formado por Enrique Cunrath; y qué sé yo qué otros títulos portentosos de quienes se puede decir lo que Virgilio de la Sibila Cumea,

Can-

Canta horrendos rodeos, y en la gruta
Brama con recia voz, disimulando
Lo falso con lo obscuro?

Y pues ya hemos empezado á hablar de libros, no será fuera de proposito acordar aqui la ridiculez de aquellos que se creen hombres de provecho, porque no dexan pasar mes ni año sin que vea el público alguna novedad de su superfluísimo ingenio: y es tanto el amor que profesan á estos partos intempestivos, que si en los Diarios de los Doctos no se hace mencion de ellos, ó no se elogian y recomiendan del modo que ellos presumen que lo merecen, se enojan terriblemente, y conciben odios no fáciles de borrar. » En efecto, (co-
» mo dice un docto Varon) vivi-
» mos en un siglo muy fecundo; y
» tan-

»tanto, que ya en él engendran
»los Eunucos, y paren las mu-
»las; esto es, en un siglo en
»que de tal suerte ha acometi-
»do á muchos la sarna de es-
»cribir, que llega hasta haber
»quienes se persuadan que ha-
»rian un gran perjuicio á la Re-
»pública de las Letras, si de-
»xasen dormir dentro de su casa
»sus pensamientos, que ellos mi-
»ran como excelentisimos. Y es
»esto con tanto furor, que con-
»cibiendo cada mes nuevos fetos;
»se precipitan ellos por sí sin
»impelerlos nadie, y gloriandose
»con necia ufania de que sus par-
»tos no les cuestan trabajo al-
»guno, arrojan molas informes,
»cuidadosos solo de que las heces
»de sus escritos se dexen vér en
»las oficinas de los Libreros, y
»sus infaustos nombres vayan es-
»tam-

»tampados en los Catálogos de »los libros.« Pero no es esto solo: han dexado algunos correr tanto su desenfrenada ambicion, que despedidos por los libreros, á quienes vanamente ofrecian sus escritos, han desperdiciado inmensas sumas en divulgarlos: bien asi como el célebre Ulises Aldrobando, que no contento con haber consumido todo su patrimonio en la edicion de sus Obras, las regaló despues graciosamente á las Bibliotecas públicas, para que quedase al Mundo igual testimonio de su liberalidad, que de su doctrina.

Esta misma vana ambicion es tambien la fuente de las Dedicatorias, con que andan inundando á los Poderosos estos fertilisimos Escritores. No hay Discursillo, no hay Disertacioncilla, que no

lle-

lleve á la frente el nombre de algun ilustre personage; ó para ser mas comunmente nombrado en las conversaciones de los Erudítos, creyendo que por este medio lograrán la fama que con tanta ansia buscan; ó porque á imitacion de Apion el Gramático, á quien Tiberio llamaba *Campana del mundo*, juzgan que consagran á la inmortalidad los nombres de aquellos á quienes dedican sus Escritos. Estos son los que ofreciendo sus librejos á los Mecenas, con título de obsequio venden bien caramente el humo de las alabanzas. Dando papeles, tal vez de ningun precio, quieren en cambio regalos de oro, mas bien cazadores de alhajas, que escritores de libros. Averiguan diligentisimamente quienes podrán ser los que paguen mejor

sus

sus Dedicatorias; y á veces no se avergüenzan de pactar la recompensa de los elogios, como se experimentó en Francisco Hotomanno, que ofrecia dedicar á Juan Reubero sus Observaciones si le daba cien *Joaquines* en premio; bien que el Reubero, aunque exorbitantemente aficionado á que le alabasen, no quiso comprar humo á tan caro precio. Hay tambien algunos, que si se hallan defraudados en las esperanzas que concibieron de aquellos á quienes enderezaron sus Dedicatorias, arrancan las antiguas, y se hechan á caza de nuevos Patronos, ó por mejor decir, ponen nuevas asechanzas á nuevas bolsas: en lo qual, si yo no me engaño, Ericio Puteano dexó entrever que no estaba esento de la humana fragilidad: porque

que habiendo dedicado primero su *Historia Insúbrica*, á Felipe Guillelmo, Príncipe de Orange Arausionense; mudandola despues el título en el de *Historia Barbarica*, la dedicó á Felipe IV. Rey de España. ¿Qué no inventará la avaricia armada de la literatura? Tomás Fuller, célebre Historiador Inglés, dividia sus libros en muchos volúmenes, y dirigia cada uno á un Príncipe ó Magnate. No basta cazar de uno solo: y á semejanza del buen Fuller hay quien tiende las redes por muchas partes para no quedar defraudados, ó para que se multipliquen los réditos. ¿Y quién creería que pudiese haber hombres de amor propio tan pacífico y satisfecho, que tuviesen ánimo para consagrarse á sí mismos con magní-

ficas inscripciones sus mismas Obras? Asi se cuenta de aquel que escribió baxo el nombre de Christiano Cilicio, la Historia de la Guerra Dithmarsica: no halló otro mas bonito que á sí, á quien dedicarla, y se consagró él á sí mismo su monumento. Ni estuvo Andrés Escoto muy esento de esta debilidad. Hizo con trabajo propio la Coleccion de la España ilustrada, y consintió despues, que se la dedicase el Impresor de ella.

En nada empero hallo yo mas gracia, que en los mútuos elogios con que se obsequian unos á otros los Erudítos. ¡Oh, qué gusto es verlos admirarse, y quedarse atónitos á cada línea: rascarse recíprocamente: ponderarse en cartas, versos, encomios necios á necios; mentecatos ámente-

ca-

catos. Este, por el voto de aquel, es Alceo: aquel, por el de este, Calimaco. Tal hay, que es superior á Tulio en el concepto del Elogiador: y éste precisamente ha de ser en la pluma de aquel, mas docto que el Fundador y Padre de la Academia. Todavia me acuerdo de un Domine, que siendo llamado á una infelíz Aldea para enseñar rudimentos gramáticos; no habiendo en ella quien pudiese elogiarle, se quitó de cuentos, y compuso él mismo unos estupendos versos en alabanza de sus buenas calidades y habilidad. Ni se alejan mucho de la necedad del buen pedagogo, los que embarazan la entrada de sus libros con gran fárrago de versos laudatorios, qué, ó siendo partos del mismo Autor, ó arrancandolos con vio-
 len-

lencia á sus obligados ó dependientes, los atribuyen á hombres señalados, queriendo hacer creer, que es obsequio recibido de sus manos gratuitamente, lo que es ambiciosa y ridicula superchería.

La vanidad es fecunda en estratagemas: No siempre busca la gloria en los elogios. Hay algunos Escritorcillos, que la buscan tambien en los vituperios. Se desesperan quando vén, que no hay antagonistas que los combatan; y nada les hiere mas, que no ser heridos. Las emulaciones son eficaz estímulo de la curiosidad: y la fama consiste en que sean conocidos los hombres. Buscan *diestrisimas fruslerías*, (como habla Seneca) que apenas podrian caer en los sueños de un delirante; para que hacien-

do ostentacion de pensar al revés de los demás hombres, y de apartarse atrevidamente de las ideas mas comunes y recibidas, les salga al encuentro algun Impugnador ilustre, que con la misma impugnacion dé motivo á su celebridad. Si sale vano, y se frustra el ardid, combaten ellos ineptisimamente contra sí mismos, como se dice del Poeta Garopolo, que publicó una cruél censura de los versos que él mismo habia escrito de Carlo Magno.

Igual irrision merece la audacia de los que son Críticos á todo ruedo. No bien publíca algun célebre Varon Obra alguna digna de su saber; por mas que hechen de vér en él la infinita superioridad en las fuerzas para el combate; como si hasta allí hubieran estado atalayando sus de-

defectos; dán sobre él inmediatamente: le maltratan; le despedazan de todos modos, con el fin, de que si no rehuye la pelea, alcancen por este medio alguna consideracion en la República de las Letras. Lo malo es, que los miserables pierden las mas veces el tiempo y el trabajo, y se hallan burlados en sus designios: porque entre los verdaderos Doctos son pocos los que se olvidan de sí, y gustan mucho de dexár á los Criticones en la posesion de su menguada malignidad. Entre los muchos exemplos, me valdré solo del de Gaspar Zieglero. Habiendo sido el primero que hizo Comentarios á los libros del *Derecho de la Guerra y de la Paz*, que escribió Hugo Grocio, Henrique Henniges, sin otro objeto,
que

que el de la emulacion y deseo de gloria, escribió y publicó tambien unas ligeras Notas á los mismos libros, en que continuamente reprende á Ziegl ero y le injuria. Pero este, ¿qué hizo? »Este hombre obscuro (de-»cia) quiere hacerse memorable »á mi costa. Sería yo el mas ne-»cio de los mortales si aco-»modandome á sus deseos, me »baxase á pelear con tan enano »gladiador.«

¿Qué recurso es, pues, el que les queda á los infelices, quando en fin vén, que no hay quien quiera ser el pregonero de sus alabanzas? No pierden por su pico alábanse á sí mismos: y á modo de Curanderos, que venden sus emplastos á la ruin plebe, con título de sanalotodo, despliegan la pompa de su ver-

bosidad para ensalzar ellos mismos su erudicion. El primer padre de ésta Secta fue Gorgias Leontino, á cuyos ofrecimientos jamás hubo dificultad indisoluble, poniendose en público con soberbia confianza de sí, á responder y desatar quantas dudas quisiesen proponerle. Imitóle en estos ultimos tiempos Jacobo Mazoni, que se ponia tambien á responder de repente á quanto se le preguntase; y se llegó á creer de el, que probaba quanto defendia, y destruía quanto impugnaba. Pero por ahorrar de exemplos, Francisco Filelfo puede servir como en suplemento de todos: ¡Tal es la magnificencia con que habla de sí en cierta epístola! "A "pesar (dice) de las locuras de "Cándido (un Impugnador su-

"yo),

„yo), Filelfo se atreve á ase-
„gurar una cosa, y es, que nin-
„guno ha havido entre los La-
„tinos, ni en este tiempo, ni en
„los pasados, quanto puede acor-
„darse la memoria de los hom-
„bres, que fuera de él solo, ha-
„ya sabido y exercitado solo los
„Idiomas Latino y Griego, en
„todo genero de oracion, así
„en verso, como en prosa. Si
„conoces alguno, muestrale: ¿por-
„qué callas, hombre miserable?«
Otra casta de Charlatanes hay
tambien entre estos alabadores de
sí, que ponen su gloria en lo que
hacen, esperar á los demás de su
literatura. A cada momento acuer-
dan tener escritos y dispuestos
muchos volúmenes de cosas no
vulgares, que darían luego al
público, si hubiese quien quisie-
se pagar por su justo precio ta-
reas

reas tan útiles. Nada diré de Juan Bourdelot, que en las Notas que hizo á Heliodoro, se remite continuamente á unos libros suyos, que jamás han salido á luz. Nada tampoco de Marco Meibomio, que residiendo en Amsterdam, mostraba á todo el mundo enormes volúmenes de Obras suyas, de cuya utilidad no defraudaria al orbe Erudíto (segun el decia), con tal que se las pagasen segun su valor; y no era pequeño el que las señalaba. En esta especie de fausto, el de Francisco Crucimano vale ciertamente por el de todos sus semejantes. En una Carta que publicó, dirigida al Rey de Francia Enrique III., se jacta de tener colocados en cien estantes, ochenta volúmenes de escritos propios, sobre quantas materias con-

contiene el ámbito de la sabiduría humana; los quales entregaria al instante al Rey, si por cada estante le mandase pagar doscientos *Joaquines*; vil precio, atendida la inmensidad de tanto tesoro.

En fin, estos no pasaron de las promesas, y dexaron en duda el mérito de sus Escritos. Mas ¿á qué grado de necedad no llegó la de Nicolás Ricardio Januense, que despues de haber vociferado el improbo estudio y contínuas vigílias que habia empleado por muchos años en refutar lo que en un célebre y conocido libro se habia escrito contra el sacro Concilio; esperandose de él una excelente Obra, salió á lo último con menguado y triste Quadernillo; haciendo lo que el monte de la Fabula, que despues de horrendos

dos gemidos, parió un raton-zuelo? Se sabe tambien de Juan Chapelain, hombre por otra parte no inerudíto, que habiendole señalado Henrique Duque de Orleans una pension ánua, para que á imitacion de Homero y Virgílio, escribiese el Poema de la Doncella de Orleans, tan celebrada en Francia, despues de haber empleado largos años en el Poema para disfrutar mas tiempo de la munificencia del Duque, publicó finalmente una frigidísima composicion, no solo desigual á lo mucho que se esperaba de él, pero muy á proposito para llamar á sí los donayres de las gentes de buen humor, como se vé en este epígrama que le disparó uno de sus contemporaneos.

Aque-

Aquella de Chapelain
tan esperada Doncella,
al cabo de tantos años
no es mucho que salga Vieja.

¿Me atreveré yo á colocar en el número de estos al célebre Jesuita Juan Harduino, á pesar de su inmensa é ilustre erudicion? Sé bien qual es el precio de sus Escritos, y el infatigable desvelo con que en solo su Plinio consiguió dexar un testimonio que asegure la perpetua celebridad de su nombre. Pero ¿qué dirémos al verle dispuesto á sostener con seriedad, que casi todos los Escritores Griegos y Latinos, y entre ellos los mismos Padres de la Iglesia, han sido parto de hombres ociosos, y de no sé qué Sociedad de falsarios? ¡Lo mejor es que jamás

su-

supo dar otra razon de esta extraordinaria paradoxa, que las insinuaciones con que la esparcia: y notandóselo así varios Erudítos, y pidiendole probase con mayor extension, y en sistema ordenado lo que solo habia fundado hasta allí en aserciones vagas; respondió tener ya recogidas en un grueso volumen todas las pruebas, que Dios, y él sabian solamente; mas que no las revelaria mientras viviese: de cuya respuesta puede conjeturarse quánta vanidad incluiría asercion tan extravagante.

Harto hemos hablado de estos. Vamos á los que no teniendo, ni que publicar, ni que prometer, consumen sus patrimonios en comprar libros, figurandose que basta poseerlos pa-

para adquirir nombre de Erudítos. Ellos es cierto que no los leen; ni, si los leyeran, los entenderian: y con todo eso, andan afanadísimos en adquirir los mas raros, y quantos salen al público con alguna recomendacion; porque la gracia para ellos, no está en leer y entender aquello de que tratan los libros, sino en juntar grandes montones de volúmenes, colocarlos en armarios y estantes esquisitos, cubrirlos con enquadernaciones magníficas; mirarlos alegremente dos ó tres veces al dia, como satisfaciendose de poseer erudicion tan inmensa, y enseñarlos sin cesar á amigos y criados; haciendoles observar la bella perspectiva, hasta fastidiarlos y molerlos con tan pesada repeticion.

cion. ¿Y qué, quando dán con algun Códice manuscrito de ancianidad cadúca y venerable? Allí es verlos alegrarse, tenerse por criaturas felicísimas, celebrar y ponderar el hallazgo! Bien puede estár el Códice consumido, destrozado, las letras gastadas, las hojas faltas y destruídas: bien pueden haberle cotejado y exâminado cien mil veces los Erudítos con la atencion que suelen; el Códice ha de ser excelente, y no le trocarán si se les propusiera, por quantos tesoros posee y busca la ambicion humana. Bien sabido es lo que cuenta Jano Nicio Eritero de Fulvio Ursino, aquel grande apreciador de Antiguallas. Tenia en su Biblioteca gran numero de volúmenes antiguos, que solia tasar en pre-

precios èxcesivamente exôrbitantes. Mostrando un dia al Cardenal Toledo un exemplar de las Comedias de Terencio, que él decia contar mas de mil años de antigüedad, y que en efecto mostraba ser harto antiguo, pero malamente escrito y muy deprabado; este volumen, dixo al Cardenal, no hay dinero con que pagarle; no hay precio que pueda igualar á la inestimable ancianidad suya: á cuya exâgeracion admirado el docto Purpurado, ¿qué oygo? le replicó. Yo por lo que hace á mí de verdad os digo, que en mas estimaria un exemplar legible, correcto y bien enmendado, aunque recientemente impreso, que diez llenos de erratas y corruptos, aunque hubiesen sido escritos por las manos de la Sibila.

La respuesta no pudo ser, ni mas desengañada, ni mas oportuna.

Y ya que hemos empezado á hablar de los Antiquarios, detengamonos un poco en sus necedades. Su principal capricho es no alabar, no admirar cosa que no huela á rancia y antiquísima. Creen (como los Chinos) que los demás hombres no tienen mas que un ojo, y que la Providencia les ha concedido dos á ellos, para vér, no solo las cosas presentes, pero las que pasaron en tiempos muy remotos. ¿Llega á sus manos una medalla gastada, comida de orin; ó qualquier fragmentillo de algun utensilio, mueble, ó alhaja antigua? ¡Eterno Dios! ¡qué felicidad, qué placer tan completo! Pero tambien ¡qué desvelos, qué tareas tan inexcusables! Examinan todos los ápices del ha-

hallazgo: observan, miran, leen, releen: ponense luego á escribir largos Comentarios, y trasladan á la posteridad el sério y docto exâmen de una vagatela. Estos son los que en dos paletas, y como quien no hace nada, interpretan las hojas de la Sibila, los versos de Carmenta, los Meandros de Licofron, los libros de Numa, los misterios del Vellocino, el epitafio de Elia Lelia, los libros de los Egipcios, aquellos libros que están, segun dice Apuleyo, *escritos en letras incomprehensibles, con ápices nudosos, torcidos á manera de ruedas, y espesamente ensortijados, y defendidos de la curiosidad de las gentes profanas*. Mas quién diría, que estos intérpretes sagacísimos de lo que se dixo ahora dos mil años, ar-

 chi-

chiveros de los pensamientos de la Antigüedad, ¿habian de poder ser engañados con la mayor facilidad del mundó? Sirvannos de exemplo entre otros muchos, Atanasio Kirker y Jacobo Gronovio, mayores de toda excepcion. Habia en Roma ciertos Mozuelos de buen humor, que teniendo noticia de que se iba á lebantar muy presto un edificio en la Ciudad; para experimentar el ingenio de Kirker, sin fiarlo á nadie, hicieron enterrar en la area señalada una piedra escabrosa, en cuya superficie grabaron varias figuras y garabatos, muy extraños, y fingidos caprichosamente y sin designio. ¿Qué sucede? Abrense los cimientos del nuevo edificio: desentierrase la lápida, moderno monumento de la

An-

Antigüedad , y admirable por su integridad perfectísima. Buscase el Edipo, y se acude á Kirker. Vé la piedra, y empieza á saltar de gozo. Vá despues desentrañando los profundos misterios que contenian las cruces, círculos y rayas, y lo acomoda todo á un sentido tan natural, tan propio, que no dexa cosa que desear. Pues ¿y Gronovio? Habiale mostrado Roberto Neufville, hombre muy atento, (como él le llama) una figurilla hecha en madera, que representaba á un Cabador de minas de Saxonia, de aquellas que suelen llevar entre los diges y muñecas los niños alemanes. Gronovio, que no habia visto jamás esta casta de hombres, ni tenia la menor idea del trage de pieles con que se cubren, ni del modo que usan

para conducir los metales; alegre extraordinariamente (asi se explica él mismo) con el espectáculo de un monumento de tan venerable antigüedad, pensó que se renovaba en él una memoria religiosa, y haciendo grabar con sumo cuidado la figurilla, la vendió por *un antiguo Sacerdote de la Germania, que llevaba el navío de Isis.* ¿Qué tal? ¡Y se enojarán despues los Antiquarios si nos reímos de sus vanidades!

La mencion que he hecho de Gronovio, me trae á la memoria la costumbre, familiar tanto á él, como á todos los que se creen Críticos universales, de no dexar hueso sano á ningun Escritor, ladrando y mordiendo á quantas Obras sobresalientes salen á luz, persuadidos tal vez, de

de que pierden tanto en sus alabanzas, quantas vén que se dán á otros por la publicacion de escritos excelentes. ¿Qué Autor de algun mérito vivió en el tiempo de Gronovio, á quien este no maltratase con censuras y sátiras, á veces sin ser provocado, ó por ligerisimos motivos? Tan impaciente además con los que no eran de su opinion, que habiendole impugnado Joaquin Fuller, baxo el nombre de Francisco Dermasio, la opinion que seguia ácerca de la muerte de Judas; doce años cumplidos despues de haber muerto Fuller, le insultó cruelmente, envolviendo en la sátira con furor inhumano y desatinado á la inocente Academia de Leipsik, y á la Ciudad misma, explicandose con la frasé de *modo de arguir lipsiense*,
 quan-

quando queria dár á entender argumentos absurdos, y desconcertados. Semejó en esto, ya que no en la elegancia del estilo latino, y en la varia doctrina, al insolente Gaspar Scioppio, no solo por la guerra que hizo á los mayores hombres de su tiempo, quales fueron los Escalígeros, Lipsio, el Tuano, Possevino, Vosio, Strada, Casaubon, Morneo; sino por haber llegado hasta acusar de Tracismo á Fedro, y de barbarismo al mismo Padre de la elocuencia Romana. ¿Qué otra cosa, pues, buscarán estos hombres con tantos conatos, sino el sonido de las alabanzas, que rara vez logran, no digo ya entre los mas prudentes, pero apenas entre los necios, los rudos, y los insulsos? Bien sabida es la estupenda hazaña de

Fran-

Francisco Claudio Verdier, que en un menudo librejo, que publicó con el enorme título de *Juicio de todos los Autores antiguos y modernos*, no perdonó ni á su mismo padre; siendo asi, que este en su Biblioteca Francesa, habia nombrado al hijo con señaladísimo elogio. De quien obró asi con el que le engendró, poco tenian que esperar los demás Autores. Castigó con ridícula severidad á todos los antiguos: y hecho Censor de hombres á quienes él debia venerar, no paró hasta hallar dureza en el estilo de Horacio, y voces bárbaras en el de Virgílio. ¿Quién ignora la vanidad de Francisco Robortelo, que jamás pudo sufrir igual, y por ella llamó á juicio impertinentemente á Varones doctísimos, quales fueron Alciato, Sigonio, Eg-

Egnacio? »Era de entendimiento »ferozmente hinchado (como di- »ce Vicente Imperial), y ape- »tecia con vehemente y desen- »frenada ansia la vulgar aura »de los elogios. Ninguno fue »mas sobervio que él en la pros- »peridad; ninguno mas abatido »en los infortunios.« Tambien tienen aqui su digno lugar Ale- xandro Tasoni y Nicolás Vilani, Italianos: aquel por el descaro y atrevimiento con que escarne- ció y burló al Dante, Petrarca, Ariosto, el Taso (á cuyos nom- bres inclina la frente todo el co- ro del Pindo), y á otros mu- chos modernos, tratandolos par- te de torpes, rudos, tardos; parte de humildes, desaliñados, ruines; parte de faltos de gracia, de arte, y de vigor: y este por la baladronada con que andaba

jac-

jactandose de tener observadas, y recogidas en un volúmen, mas de quinientas sentencias disparatadas de Homero; de aquel Homero tan venerado, á quien los de Esmirna, bien asi como á un Dios, consagraron una basilica en su Ciudad. Dán nombre de libertad á esta licencia absoluta para reprender, peculiarisima, mas que de qualquiera otra República de la Literaria. Quieren que no conozca límites ni freno: impunemente le es lícito á qualquiera provocar á otro, aunque sea sobre cosas de poca ó ninguna importancia, llenarle de oprobios, y *excitar*, segun la frase de Catúlo, *una pendencia loca*. Suscitóse en los tiempos pasados una pequeña disputa entre Lorenzo Vala y el Florentino Poggio, sobre el uso de cier-

ciertas voces. Los ánimos, acalorandose poco á poco y por grados, llegaron á exâsperarse hasta tales términos, que Poggio, divulgando contra Vala atrocísimas invectivas, no solo le llamó insensato, furioso, fátuo, monstruo, bestia, impío, infamador, loco; pero, lo que apenas se puede pronunciar sin horror, le llamó tambien prostituto Romano. Y ¿contra quién una infamia tan inaudíta? Cabalmente contra un hombre castísimo: porque en efecto, era tal la escrupulosidad de Vala en esta materia, que declarando una vez un Gramático antiguo, y ocurriendo en lo que se leía una voz algo obscena, *mas quiero* (dixo) *que se ignore, que el que se sepa por explicacion mia.* Y ¿qué diremos de Pedro Ramo, que mal-

trató de un modo harto indigno á Aristóteles: de Jorge Trapezuncio, que no usó mejor término con Platon, de Angelucio y Castro, que trataron bien indecorosamente á Suiceto y Patricio? ¿Qué de Julio Cesar Escaligero, que declamó contra Erasmo, como contra un perturbador de la quietud pública, porque no quiso admirar á Tulio, tanto como sus fanáticos imitadores? Público es tambien el ruidoso cuento que acaeció en Flandes, entre Ulrico Hubero y Jacobo Perizonio, varones uno y otro de gran doctrina. Antojósele á Perizonio exâminar con alguna mayor atencion la Historia Civil de Hubero; y el fruto que sacó fue culpar á este de haber incurrido en ella en muy cerca de mil errores. La Censura (como

mo es costumbre entre Gramáticos) salió salpicada de algunas expresiones, que ofendiendo á Hubero, le dieron motivo para vengarse de un modo pocas veces visto entre los Literatos: porque siendo exercitadisimo en las controversias del foro, echó mano de sus armas mas usuales, y intentó una Demanda criminal contra Perizonio, llegando á ponerle en tal estrechura, que definido el pleyto, se le mandó en la Sentencia purgar la culpa, y por las injurias hechas contribuir al Fisco con una multa. ¡Oh! ¡Qué clamores entonces, que turbulencias, qué rencillas entre los Críticos! Quexabanse generalmente de que se hacía fuerza y violentaba con esta severidad la libertad literaria: que siendo el tiempo fecundisimo en necedades ta-

tales, que era casi imposible contenerse en ridiculizarlas, se animaba y fomentaba la insensatez, y se apagaba y extinguia el nobilisimo ardor de aquellos que debiesen al Cielo mejor talento y mayores luces: que la República de las Letras, al modo que la Romana, florece con la libertad, y cae en la barbarie quando llega á dominarla el poder despótico, en el qual el miedo y la servidumbre no pueden producir sino abatimiento. Y en verdad no iban descaminados: porque bien mirada la cosa, estas contiendas de los Erudítos contribuyen en grande manera á la cultura de los ingenios, y á la perfeccion de la literatura, aun quando proceden de causas de poca monta. Vióse esto señaladamente en la contienda de Car-

los

los Boyle y Ricardo Bentlei, sobre la legitimidad de las Cartas de Falaris; que suscitada al principio por ligerisima ocasion, empeñados en ella los Antagonistas, y empleando toda la fuerza de sus ingenios, produxo en su progreso libros de estupenda erudicion y elegancia.

Mas vé aqui un fruto que jamás podrá dár de sí el abuso de la argumentacion de la Escuela; de aquella argumentacion que se estila en los Actos y exercicios de las Universidades. Introducido este conflicto en su origen para la investigacion ó convencimiento de la verdad, con el curso del tiempo degeneró en porfia, y alimentada la terquedad con asuntos frívolos, á veces los que hacen profesion de Maestros, disputan con descompa-

pa-

pasados gritos, y encendido acaloramiento sobre cosas vilisimas, ó que de nada sirven; semejantes á los viciosos litigantes, que no buscan en los pleytos el esclarecimiento de sus derechos, sino el perverso gusto de andar revueltos en los enredos, tráfago, y negociosidad de los Tribunales. Asi en otro tiempo Amafanio y Rabírio (si damos crédito á Çiceron), disputaban furiosamente sobre cosas de notoria evidencia. Asi tambien se lebantó entre Polemon y Orbílio una grave contienda, sobre si Eneas, al desembarcar en Italia tocó la tierra, antes con el pie derecho, que con el izquierdo: y de Máximo Orador se cuenta, que reprendió agriamente á Zopirion Gramático, porque no tenia bien averiguado en qual de

las manos habia Diomedes herido á Venus. Los hay tales entre estos, que bien convencidos en su conciencia de su inhabilidad, disputan, peleando á modo de Andábatas, sin ley, sin orden, sin proporcion; pero se escapan con menudos ardides de los acometimientos del contrario; y no pudiendo con la doctrina, procuran vencerle con vana loquacidad, y voz tremenda y resonante; y si es menester no se desdeñan de ser bufones, ni de gastar chocarrerías para suscitar la risa en el auditorio, y con ella ganar el favor de los circunstantes. Referiré á este proposito un caso harto gracioso y ridículo, que sucedió años pasados en la Universidad de Leipsiki. Habia concurrido á ella un Teo-

Teologo muy nombrado y de grande fama; tan grave en su aspecto, que con solo mirarle llamaba á sí la estimacion de todos; pero ciertamente, mediano en el saber, y muy poco instruído en la pericia de las disputas. Llegó el caso de subir á la Cátedra á sustentar unas Conclusiones, y tocóle un Argumentante exercitadísimo en las contiendas de la Escuela; ilustre por las victorias que habia logrado contra los Socinianos, Calvinistas, y otros Sectarios, á quienes habia debelado irresistiblemente. Miróle el Sustentante con magestuoso desprecio, y paseandose en la Cátedra, daba á entender que esperaba con serenidad el conflicto de un contrario tan despreciable. Dispárale este el primer argumento, y nuestro

buen Teólogo lleno de fausto y elacion, le responde: *Ese enredillo no es digno de mí: mi perrillo es suficiente para desatarle*; y señalaba en efecto á un perrillo que tenia alli consigo. Dexa el Argumentante aquel medio: oponele nueva dificultad, y replícale el magnífico Actuante en tono irónico; *¡formidable argumento á fé, y digno de un Hércules: ni el mismo Meriotechnites será bastante para resolverle*! Entendió mal esto el que le arguía, turbado, como era preciso, con tan descarada temeridad, y advirtió al Actuante que él no era Miriotechnites: en cuya respuesta viendo aquel su victoria, soltó una recia carcaxada, y mirando con irrision á su contrario, exclamó: *¿y quién os ha dicho, hermano, que*

que vos seais Miriotechnites? En suma el que tenia en sí el verdadero mérito, hubo de dexar la disputa sin gloria: y el Charlatan logró embozar su ignorancia con la impudencia. ¡Tanto es el poder del atrevido é insolente descaro, hasta en las cosas sérias! Convencidos algunos, de los buenos efectos de esta experiencia, procuran antes de presentarse al Acto, alegrar el genio con larga cantidad de vino, y asi embriagados, á semejanza de los soldados cobardes, colocan la esperanza de sus victorias en que el vino les inspire loquacidad permanente, y no les permita enmudecer mientras que disputan. Asi refieren de Domingo de Flandes, que habiendo triunfado en una contienda del Griego Argilofilo, Varon céle-

 bre

bre y de singular doctrina, desatandole plenamente cien argumentos, concluído el certamen dixo á los que le cercaban: *si añado un frasco mas de vino al que me bebi, confundo á toda la Grecia.*

Por ultimo debemos colocar entre los exâctos imitadores de los Saltambancos, á los que, para convertir á sí la atencion de todos, visten ropas esplendidas; ó bien usan de trages no usuales y estrafalarios. No me detendré en los antiguos, Pitagóricos, Estoycos, y demás turba de Filósofos pobretones, que como aquel barbon que describe Gelio, con llevar su báculo y zurron, ir cubiertos del palio, alimentar difusa y poblada barba, mostrar el gesto ceñudo y sucio, ya creían que nada les faltaba

pa-

para hacer ostentacion de la alta profesion de Filósofos, Aristóteles, convencido sin duda de que la mugre y los andrajos no son una parte esencial de la Filosofia, y de que, en efecto, qualquier mendígo á título de no poseer mas que harapos, y no tener habéres para afeytarse y andar limpio, podia competir en ciencia filosófica con el mismo Diógenes, mudó de intento, y evitando el desprecio y risa que ya empezaban á causar en el vulgo los arrapiezos filosóficos, vistió ropas preciosas, usó calzado elegante, despobló las mexillas, ciñó los dedos con ricos anillos, y atendió tanto al ornato de las vestiduras, que no sé yo si huyendo de un extremo, no dió en otro quizá menos digno de un Filósofo. En

nuestra edad vemos tambien en los Erudítos, ó el luxo y pompa, ó el descuido y suciedad en los trages, por la misma causa que en la antigüedad; esto es, por no carecer hasta de este vano modo de singularizarse. La vanidad es una misma en todos los siglos, y en todos obra con igual fuerza en los Literatos. Tales los hay, que ni aun quieren ceder el merito del luxo y profusion á los pisaverdes, que es el único que los recomienda; y tales tambien, que trocando la decencia á la sordidez, rebujados en una capa sucia, la camisa como de carbonero, las medias caídas, marchan por las calles librando en el descuido del trage la ostentacion de su profundidad. Pudiera yo traer aqui esquadrones enteros de estos desfarrapados,

si no temiera que los imprudentes atribuyan á la Literatura vicios que son propios de los que la profesan. Tal vez convendria para corregirlos, hacer con todos, lo que Moliere con Roahult, aquel profundisimo exâminador de la Naturaleza. Sólia llevar este el sombreró afeado con muchas arrugas, y ridículo por tal deformidad. Quiso Moliere sacar á la escena un Filósofo extravagante, y logrando por via de emprestito el sombrero de Roahult, hizo que le sacase puesto el Comediante que hacía el filósofo. Conocieron todos en el instante al descuidado Físico, y celebraron la burla con solemnísimas carcaxadas.

No faltan tampoco quienes de proposito y voluntariamente se dén ellos á sí mismos en ri-

si-

sible espectáculo, por la gloria de atraer á sí la atencion de todos, como emprendedores de hechos extraordinarios é inaudítos. Valga por las de otros muchos, la famosa escena que dió de sí Enrique Lorito Glareano, grande amigo de Erasmo, y celebradisimo Profesor público que fue, primero de Filosofia en Basilea, y despues de Historia y Poesía en Friburg. Admitido Glareano en Basilea entre los Profesores, los Doctores, que son siempre muy escrupulosos en la formalidad, suscitaron graves y hondas dudas sobre el asiento que se le habia de dár en los Actos públicos: porque siendo ya por muchos Escritos hombre ilustre en la República de las Letras, parecia que debia ponerse delante de los Maestros; pero por
otra

otra parte era inferior á ellos, respecto de que no habia pagado aun su dinero para adquirir las insignias de Doctor, y el título del Magisterio en el pergamino: con que mientras se resolvia tan árdua duda, el buen Glareano, ó habia de mezclarse entre la turba de los Escolares, ó sentarse el ultimo en el banco de los Maestros. Llevólo ciertamente muy á mal; pero aunque de mala gana, disimuló algun tiempo, esperando que pudiese ser se le señalase algun puesto mas decoroso. La cosa llegó á términos de no decidirse jamás; y Glareano, obligado á estár detrás de muchos ignorantes, porque no poseía un título en latin barbaro, empezó á pensar sériamente en el modo de hallar él por sí lugar cierto entre los Pro-

Profesores. Llega el caso de una creacion de Doctores en la Universidad: alquila un asno: monta en él: entra en el áula rompiendo por la turba de los Estudiantes, y ponese enmedio de ellos. Miranle todos, y todos empiezan á querer adivinar la causa. Unos pensaban si se habria vuelto loco: otros si lo haría para burlarse de los Doctorandos, y ridiculizar por este medio su estolidez; mas la estudiantina reía desaforadamente con los rebuznos y coces del jumento, que no parecia sino que seguia tambien el humor y designio del que le montaba. Preguntale por fin el Rector de la Escuela, qué causa le movia á presentarse de aquel modo en una solemnidad tan séria. *No hay para que admirarse*, respondió él. *Hace ya tan-*

tantos meses que estais dudando si he de sentarme entre los Maestros, ó entre los Doctores, que andando vago, he resuelto yo asignarme asiento determinado y fixo. Quitandoos asi á vosotros este cuidado, y cumpliendo yo con lo que me debo á mí, os escucharé de hoy en adelante desde este burro. Castigó una ridiculez con otra; y se hizo espectable á qualquier costa, que era lo que él mas siempre deseaba.

Restaba ya solamente ir por cada Ciencia en particular, advirtiendo los medios que ha inventado en la República Literaria la industriosa perversidad del ingenio humano, para engañar y atraher la plebe. El asunto es sin duda digno de mayor extension que la que me he propuesto aqui: y por eso le tratare-

remos separadamente. Hemos descubierto los vicios mas generales que infaman el tratamiento de la sabiduría en los que la profesan. La juventud sola debe hacer suyos estos documentos, para evitar la ridiculez vulgar, poco digna de los que se exercitan en asuntos y ocupaciones tan nobles, elevadas y sublimes. Los viejos no tienen aqui que aprender, porque los muchos años son incorregibles. Contentemonos con que los que son ahora jóvenes, no tengan de que corregirse quando lleguen á la edad en que ván vinculadas la dureza, la terquedad, el genio regañon é indigesto, y el obstinado amor á sus errores, preocupaciones y extravagancias.

DE-

DECLAMACION SEGUNDA

SOBRE LA CHARLATANERIA EN CADA CIENCIA.

Desde que el primer Padre de los Mortales, árbitro y poseedor en la tierra de innumerables cosas muy excelentes, comenzó á fastidiarse de ellas, y llevado de una necia curiosidad quiso penetrar los arcanos del Cielo; de tal suerte ha dominado en los hombres el amor á las cosas nuevas y apartadas de lo comun, que la opinion de la sabiduría en los que se llaman Doctos, no se funda ordinariamente en otro mérito, que en la ansiosa investigacion de lo que se ofre-

ofrece al entendimiento como admirable, estupendo, y enagenado del natural orden de las cosas. *Lo que se facilita á la comprehension* (decia Sinesio) *se desprecia: para agradar es menester proponer narraciones maravillosas.* Y en efecto, el que desee asegurar su aplauso, no se limíte á lo que todos creen de sí que saben, ó son capaces de saber: invente prodigios, dé alma á lo insensible, aprenda á romper la region del ayre, prevenga los acaecimientos futuros, hagase invisible, hable siempre de Islas errantes, montes de oro, minotauros, quimeras, grifos, y otras ridículas, pero dificiles fruslerías como estas; él logrará por mi cuenta la aceptacion entre el mayor número, y será mirado como oráculo-

xo aparte los exèmplos de Apolonio, Cárdano, y otros Delirantes, que enseñando portentos absurdisimos, hallaron sin embargo muchos admiradores. Baste solo lo que se vió en Guillelmo Postelo, que exponiendo en el Colegio de Lombardía sus sueños y desvaríos, sobre la Virgen Veneciana (què él solia llamar su Madre Juana), atraxo á sí tanta muchedumbre de oyentes, que no cabiendo muchos en la espaciosa pieza donde explicaba, arrimando escaleras á las ventanas, subieron á ellas para oírle. ¿ Quanta aceptacion no hallaron tambien entre hombres de no pequeño discernimiento los absurdos de los Hermanos de la Cruz rosada, como lo demostró el elegante Naudeo en el libro especial que des-

tinó al desenredo de esta Fábula? ¿Quántos Sectarios tambien no logró la Arte Magna de Lulio, hasta creerla algunos enviada del Cielo para enseñanza universal del genero humano? Y con todo eso, antes se puede esperar sacar luz de las tinieblas de Heráclito, cierta Ciencia de la duda de Socrates, y de la necedad de Diógenes sabiduría sólida, que un átomo de utilidad de sus logogrifos y ofrecimientos milagrosos. Al fin se puede decir con verdad, que asi como se está viendo desde el mismo origen de la sabiduría, que no hay absurdo, no hay desatino tan ageno de la razon, cuya defensa no haya tomado á su cargo algun Sábio, combatiendo por él como por las cosas mas necesarias á su felicidad: de la mis-

misma suerte se puede afirmar sin peligro de desdecirse, no haber exîstido jamás ningun hombre tan del todo estólido é ignorante, que puesto á persuadir sus sandeces, no haya hallado Sectarios y aduladores, todavia, como es preciso, mas estólidos é ignorantes. Por ventura, ¿ faltaron á Heráclito sequaces que negasen con él el primer principio: á Parmenides quienes contradixesen con él la pluralidad de las cosas: á Protogenes quienes le apoyasen en oponerse á la Verdad misma? Ni se quedó en solo Anaxagoras la disparatada credulidad de que la nieve es negra, y el Cielo una piedra cóncava. La Religion, la luz de la razon misma nos enseñan con absoluto convencimiento que solo el Supremo Autor de la Na-

turaleza es capaz de tener, y tiene en sí la potestad de vér lo futuro como presente, y saber quanto acaece y acaecerá en el procedimiento del tiempo y de las cosas; y con todo eso ha havido, y hay quizá todavia hombres afanadisimos en adivinar los acaecimientos venideros, y lo que es peor que esto, innumerables gentes obstinadas en dár crédito á sus vanidades. Pasaré en silencio á Merlin el de Inglaterra, á Joaquin de Alemania, al Italiano Savaranola, á Juan de París, á Telesforo de Cucencia, Dandalo Rusticano, Ubertino del Casal, Loliando, Nostradamo, Lichtembergense, y otros cien Delirantes, á cuyos sueños dieron mas fé de la que debian Arnaldo de Vilanova, Cipriano Leoniceno, y el Car-

Cardenal Cusano, á pesar de toda su ciencia y erúdicion. Acordaré solo á un moderno: al Inglés Isaac Bickerstaff, que, ó porque él lo creyese cierto, ó por burlarse de la insensata curiosidad de los Adivinadores, pronosticó en un año tantas muertes portentosas de poderosos Príncipes, que puso en congojosa espectacion, no ya á sola Inglaterra, pero á todo el Orbe.

Con razon, pues, hemos dicho ya, y repetimos que la introduccion de estas vanidades entre los Literatos tiene el mismo origen que los prodigiosos específicos, ilusiones, y curiosidades raras de los Ensaydores y Curanderos: dirigidas en substancia á captar la estimacion del vulgo, y, á vueltas del aplauso, arrancar el dinero á los crédu-

los lo mas suavemente que sea posible. Y pues el imperio de la Charlatanería está fundado con especialidad en estos ardides, ó sean abusos artificiosos, con que la humana debilidad busca en la literatura, cómo en todas las Artes y profesiones, los fines que se acomodan á su vanidad ambiciosa, y no á la mejora del ánimo, que es el verdadero objeto de la sabiduría; recorramos de una en una todas las Ciencias, y pongamos de manifiesto estos vicios que las contaminan sin culpa suya, entrando ya en las clases específicas de los Charlatanes. No quisiera yo parecerlo, recomendando con profuso ámbito de palabras un asunto que lleva la recomendacion en su utilidad. Me contentaré con pedir á la juventud que ponga

ál-

algun cuidado en lo que diré aqui, para que le sirva, ó bien de exemplo ó de correctivo.

Salga, pues, capitaneando á todas las demás profesiones la familia de los Críticos y Gramáticos, feróz y áspera, que porque exercen en las Escuelas el imperio de la férula sobre los muchachos, tratan, como suelen á estos, á los Erudítos, y vanamente ambiciosos de mantener su potestad, se atribuyen una tiránica dominacion sobre todo el Orbe Romano y la Grecia misma. Siendo su oficio el de interpretar, y poner en claro el verdadero sentido de los Escritores, quando alguno tiene la desventura de caer en sus manos, sea Latino, sea Griego, no tanto le explican, como le despedazan: buscan dificultades

en lo evidente : nudos en el junco : acuden á los Códices manuscritos, amontonan varias lecciones sin eleccion ni necesidad: cortan, abrasan, esgrimen la vara censoria, nada dexan intacto. Y Dios os libre de desviaros un átomo de las quisquillas de estos hipercríticos y pantocríticos: la guerra será infalible; es enorme delito contradecir á un Gramático : os harán reo de lesa magestad literaria ; y sobre cosas de vilísimo valor, cargarán de dicterios al que los contradiga. *Porque la Arte Crítica,* (dice el Tulio de nuestra edad) *que era antes la regla con que se discernian la verdad y el tiempo, y el instrumento con que se destruían los errores; ahora ya no es mas que el incitamento de las sediciones literarias., y el tor-*

torbellino que hace andar en revueltas á los ingenios. ¿Qué otra cosa hizo entre los Antiguos el critiquísimo Asinio Polion, aquel Declamador atrevido, que echó en cara á Livio y Salustio defectos menudos, que él mismo tal vez no entendia, y aborreció de muerte á Cicerón, el padre, el Príncipe de la elocuencia Romana? Cuentase de Francisco Filelfo, que habiendo apostado la barba con el Griego Timoteo sobre el genuino sentido de una voz griega; ganada la apuesta por él, exîgió inexôrablemente el precio de su victoria, y por mas súplicas que le hizo el triste vencido, jamás pudo acabar con él que se la perdonase: no hubo remedio: le arrancó la barba, y la llevó en triunfo, como en ostentacion de un

un trofeo tan magnífico y exquisito. Si esto sería reprehensible é intolerable aun entre los que contendiesen sobre cosas sólidas y de suma importancia, ¿qué diremos de los que no se ocupan sino en menudencias frívolas, fruslerías y vagatelas? Porque en efecto, tales suelen ser las árduas investigaciones de los Gramáticos: enfermedad de que estuvieron tambien tocados los Griegos, constandonos que hubo entre ellos muy reñidos debates sobre averiguar *quánta fue en número la chusma de Ulises; si se escribió antes la Iliada, que la Odisea*; y sobre otras qüestiones de igual gravedad é importancia. ¿Y quién ignora las abstrusas averiguaciones en que el Emperador Tiberio solia emplear á los Gramáticos que favo-

vorecia? *Quién fue la Madre de Ecuba: qué nombre tuvo Aquiles quando vivió disfrazado entre las Doncellas: quál fue el canto de las Sirenas.* Lo malo es, que no se contentan con guardar para sí sus futilidades. Escriben á veces enormes volúmenes sobre cada una, y oprimen con libros inútiles al orbe de las Letras. Nicanor escribió seis libros sobre el punto ortográfico. Mesala Corbino sobre la letra S: Martin Fogelio sobre la B. de los Alemanes: Agno Benigno Sanrey un Tratado entero sobre la recta pronunciacion de la voz *Parácleto*; todos fastidiosa y prolixamente. Ni sé si se deberán colocar entre las contiendas vanas é impertinentes, las que en estos ultimos tiempos han exercitado á

Ben-

Bentlei y Boyle, á Fabreto y Gronovio, á Clerc y Burmann; y despues de ellos á Kustero y Perizonio, acerrimos Antagonistas sobre el delicadisimo negocio del gramatical uso del verbo *Cerno*: Varones todos en verdad de singular ciencia, y que es lástima no la empleasen, como era debido, en cosas de mayor interés. Mas volviendo á los pseudo-Gramáticos, con dificultad se hallará quien los haya descrito mas enérgica y puntualmente que Antonio Bineo, cuyas palabras quiero repetir aqui para excusarme el trabajo de decir lo mismo menos elegantemente. Dice, pues: »La industria y conocimiento de »estos hombres se pone siempre »en cosas leves y de ningun mo»mento. Producen con grande »estrépito algunas rancias y ca»du-

»ducas observaciones, como si,
»ignorandolas, hubiera de que-
»dar aniquilada la República de
»las Letras: y toda la bulla vie-
»ne á caer al fin sobre si se debe
»escribir *Virgílio*, ó *Vergîlio*; ó
»si el Autor de las Noches Ati-
»cas se ha de llamar *Agelio*, ó
» *Aulo Gelio*. Como es gente va-
»na, y en sumo grado ostenta-
»dora de sí, buscan y se ceban
»con furiosa ansia en estas qües-
»tiones muy proporcionadas á su
»humor: y poniendo en ellas los
»monumentos de su gloria, con-
»sumen infelizmente la edad en
»tal genero de vanidades. Nos
»muelen con Diatribes y Diser-
»taciones, quando no con volú-
»menes enteros sobre aquellas
»repetidisimas cantilenas *si Ho-
»mero nació antes que Hesiodo*,
»y las demás de este jaez. Si lo-
»gran

„gran algun Códice manuscrito,
„tras cuya posesion andan siem-
„pre con mucho afán; ó si con-
„siguen desenterrar alguno en las
„Bibliotecas, no bien hallan en
„él alguna palabrilla ó letra es-
„crita de diverso modo que en
„los exemplares impresos, al
„punto la corrigen, y celebran-
„do su felicidad, se congratulan
„á sí mismos de tan bella in-
„vencion, triunfando de la pa-
„labra y sílaba degolladas con
„mayor gozo, que si hubieran
„debelado á Troya ó Babilonia.
„Si alguna expresion no llena,
„como ellos dicen, sus oídos, ó
„no la tienen por suficientemen-
„te latina; sin mas consideracion
„sospechan que hay deprava-
„cion en el texto, y le corrigen
„por conjetura, ó si quieren oír
„la verdad, le corrompen; des-
„gar-

»garran los lugares sanos; los »pervierten y descomponen. Ver»daderas pestes y verdugos de »los libros, que abrasan, des»trozan, mutilan á los Autores; »y trasponiendo á veces capri»chosamente sus miembros, ha»cen de ellos monstruos y qui»meras. De suerte que despues »de tanta inundacion de Críti»cos, podemos ya decir de to»dos los Escritores de la Anti»güedad, lo que en otro tiem»po se decia de los exemplares »de Homero, conviene á saber, »que estarán mas correctos y fie»les los Escritores, quanto me»nos hayan sido enmendados.« Hasta aqui Binneo. Pero

Gramáticos, ceded: ceded, vosotros en quienes crece involuntario el fausto, y os hincha vanamente: los que en sola dislocada una sílaba, al combate...

jus-

pos pasados contra cierta Nacion de Europa:

Si tanto corazon como jactancia
Tuvieran, ni Dios mismo en el etereo
Alcazar libre de ellos estaria.

Mas viniendo á los Oradores, no me detendré en aquellos que por no infamarse conformandose en la apelacion con los Sábios, que entre los Griegos se llamaban *Sofos*; quisieron mas apellidarse *Sofistas*. Estos son los que arañando por todas partes razones frívolas y sutilezas impertinentes, ponen en duda las cosas indubitables y comprobadas con la autoridad de todos los Escritores: los que probarán, si es menester, que Troya no fue destruída jamás; que Alexandro el Grande fue medroso; Helena fea y sin gracia alguna:

los

los que recomiendan con pomposa verbosidad la embriaguez, la lascivia, y quantas liviandades pueden caer en un ánimo estragado: los que achacandolo á diversion no se avergüenzan de emplear las excelencias de su facundia en colmar de alabanzas á la necedad, á la quartana, á la gota, á la calba, al asno, á la mosca, á la pulga. La vanidad de estos hombres es bien plebeya en buena fé; porque jugando siempre con imágenes falsas y ficticias, y ocupados en argumentos tan perversos, ó tan ridículos, ¿entre quiénes pueden lograr aplauso, sino entre los que ignorando del todo los genuinos preceptos del Arte de decir, admiran solo lo que bien ó mal alhaga sus oídos? De aqui nace tambien, que

esta casta de Oradores no alcance jamás la naturaleza de la verdadera elocuencia: porque buscando adornos superfluos, portentosas amplificaciones, y usando indistintamente todo genero de figuras, queriendo hermosear la oracion, la dexan lánguida y sin fuerza. Lo mismo, con poca diferencia, puede decirse de los que abusando demasiadamente de las enseñanzas de Christiano Weisio, creen que la excelencia de la Oratoria está en amontonar símbolos y emblemas tomados de Picinelo, Saavedra, ó Petrosanto; llenar con ellos todas las paredes; y dár á sus oyentes, en vez de oracion, una artificiosa medalla, como si fuese su intento fascinar los ojos de aquellos cuyos entendimientos desean solo engañar. ¿Y qué di-

diremos de los Oradores Histriones, y Declamadores que fundan toda su gloria y mérito en la irrisible gesticulacion? Grande ahinco en la voz: contínua mutacion del semblante: ojo atrevido y vago: braceo y manoteo á manera de torbellino: pies ágiles y danzarines: meneos teatrales; en suma movimientos varios, ladeos, giros, saltos, empinarse, encogerse, gestos sobre gestos, en que el agitado cuerpo mueve consigo la volubilidad de un ánimo poco sólido; he aqui la elocuencia de los que toman por objeto en sus oraciones, no tanto persuadir la verdad, quanto llamar á sí el aplauso de los que celebran por una misma causa á un Orador, que á un Farsante. Quizá creen que deben executarlo asi por ha-

ber leído en Valerio Máxîmo, que haviendole preguntado á Demóstenes, quál era la cosa mas eficaz en el Arte de la elocuencia, afirmó una y muchas veces que la *hipocrisis*. Y ciertamente no ignoramos que Socrates, Platon, Ciceron, Quintiliano, y la mayor parte de los Estoycos enseñaron ser aquel artificio utilisimo, y aun necesario para la persuasion. Pero el abuso y los extremos que degeneran del Arte que induce la necesidad, nunca pueden ser alabados, sino por los que en los mismos abusos hallen su conveniencia. Aprobaron la apta compostura del semblante y del cuerpo: la accion que resulta de aquel vigor de los ojos, de aquella fuerza del semblante, de aquel sonido de la voz, de aquel noble

y eficaz movimiento de todo el cuerpo, que se acomoda decorosamente con las palabras y las sentencias, sin que estas se pierdan ó confundan en la agitacion, y (seame lícito explicarme asi) tarabilla infatigable de las gesticulaciones. Persuadido Pedro Francio de esta verdad, viendo que el curso de los tiempos habia puesto en olvido el arte de la Accion oratoria, quisó renovarle, y inventó á su modo una nueva elocuencia gesticular, á la qual daba el nombre de *Externa*. El principal Maestro de sus Discípulos era el espejo. Alli los instruía, de qué suerte habian de acomodar los ojos, el rostro, y las manos á cada palabra. Sacó luego al público los progresos de su enseñanza, haciendo salir como al teatro nue-

vos Roscios, á quienes mandó recitar, segun los preceptos del restaurado Arte, una Oracion del Padre de la Elocuencia Romana: cosa que mereció grande concurso, y grandes aplausos, como suelen todas las novedades. La desgracia fue, que su enseñanza, por demasiado artificio, produxo el fastidioso vicio de la afectacion, y en lugar de formar Oradores, formó máquinas, ó mas bien, Mimos enfadosos: si bien no se le debe defraudar del mérito que él tuvo en sí estimable verdaderamente.

Pasemos á los Historiadores: enormes charlatanes por lo comun, ya refieran los hechos de los grandes Príncipes, ya se ocupen en determinar los origenes de las familias. Si dán en ser imitadores, y se proponen, por exem-

exémplo, copiar á Livio; interpolan sus historietas de pesadas y largas oraciones, hasta hacer hablar á gentes bárbaras y salvages con grande aparato de clausulas, y con atildada verbosidad: vicio que han notado muchos en Paulo Emilio, Escritor Francés. Si se pican de elegantes en todo, ó desconfian de poder captar á los Lectores con la narracion, cargan sus Historias, bien asi como de decoraciones á sus Dramas los malos Poetas, de inmenso número de láminas exquisitas, en que describen batallas que no han visto, escaramuzas que no han presenciado, y con exâctísimo orden combates en que tal vez no hubo ni sombra de él: en lo qual creo yo, que no se distinguen mucho en pedantería de aquellos primiti-

tivos Editores de libros adornados con ridiculísimas figuras, que haciendo grabar una sola matrona, una sola Ciudad, un solo varon ilustre, y una sola batalla, siempre que ocurria referir batallas, describir Ciudades, ó nombrar matronas y varones ilustres, ponian á todos la misma estampa, repitiendola infinitas veces, como se puede vér, no sin diversion, en los Cronicones de Stumpsio y Dressero, en la Prosopografia de Pantaleon, y en otros muchos libros impresos á principios del siglo XVI. Mas con ser tan impertinentes estos defectos, es todavia menos tolerable, á mi parecer, la impostura de Juan Palacio, que floreciendo en un siglo aficionadisimo al estudio numismático, para adquirir estimacion al lánguido y desma-

yadó cuerpo de su Historia, la plagó de medallas, no legítimas, sino adulterinas y forjadas en su celebro. Hay otros que para lisongear á sus protectores, y vender á los Lectores fábulas placenteras, citan á cada línea Archivos y Códices, cuyo paradero es desconocido en el mundo, y se jactan de haber desenterrado y disfrutado manuscritos de decrépita ancianidad, que nadie ha podido vér, sino ellos: en cuya clase de impostores deben ciertamente proponerse como principales, entre los Flamencos á Jorge Ruxnero, que para ensalzar las familias de ciertos Nobles se acoge siempre á un maldito Códice Magdeburgico, que nadie ha visto hasta ahora; y entre los Franceses á Antonio Varillás, que quando se de-

dexa llevar del genio, se abroquela con una espesa nube de manuscritos que él solo conocia. ¿Y qué diremos de aquellos otros falsarios mas atrevidos, que fabricaron libros enteros, atribuyendolos á nombres respetables de la Antigüedad: Anio de Viterbo, que fingió las Antigüedades del Caldeo Beroso; Inghiramo, Florentin, que forjó las Antigüedades Etruscas; Antonio Domingo Flocco, que dió, adjudicandolo á Fenestela, el libro de la Magistratura y Sacerdocio Romano; Gerónimo Roman de la Higuera, Antonio Lupian Zapata, y Gregorio Argaiz que adulteraron las Antigüedades y Historia Eclesiástica de España, publicando falsos Cronicones baxo los nombres de Flabio Dextro, Marco Máximo,
Brau-

Braulio, Heleca, Hauberto y Liberato? Todos ellos autorizaban sus imposturas con antiguos Códices, y manuscritos que afirmaban poseer, ó haber registrado: y aun se cuenta de Lupian Zapata, que para dár mas apariencias de verdad á sus fingimientos, procuraba persuadir que habia hurtado los manuscritos de Bibliotecas Estrangeras; en lo qual no le han faltado imitadores. Tambien ha habido quien para fortalecer la autoridad de un Cronicon fingido, ha fingido otro, autorizando desatinadamente la falsedad con la falsedad. Pero asi como todos estos agovian la República de las Letras con cuentos y patrañas, ó tambien con Historias frívolas, que debian quedar para siempre sepultadas en osbcuro olvido;

do; asi por el lado contrario hay otra clase de Historiadores de ceremonia, magníficos solo en las promesas, que repitiendolas, y hablando pomposamente de sí, consiguen distinguida opinion entre los Historiadores de primer orden; y despues que mueren se halla no haberles pasado siquiera por el pensamiento escribir nada de lo que prometian. No sé yo si en este linage de charlatanería habrá tenido igual Juan Francisco Carretoni, de quien cuenta Eritreo, que habiendole preferido su Academia, por la opinion que tenia de él, para que ordenase y escribiese los Anales de ella; no solo divulgó esta distincion que habia merecido, para hacer gloriosa ostentacion de su mérito; sino que se jactó una y mil veces

ces de que acabaría la obra, para que todos entendiesen, que ninguno de sus contemporaneos podia haberse entregado á escribir la Historia dotado de mayor elocuencia que él, ni mas provisto de todos los requisitos que pedia tan delicada empresa. Y ¿en qué pararon por fin tan destemplados y pomposos ofrecimientos? Como eran viento y vanidad, se deshicieron en lo que eran. Los Anales no han parecido aun: paran en el mismo archivo que las Memorias del Francés Carlos Pascal, gran maestro de hallar su utilidad en la vanidad de los hombres. Esparció que intentaba publicar las Vidas de quantos Varones ilustres conocia su siglo, y que estaba trabajando intensamente en tan digna obra. Despertó el de-

sig-

signio la vanidad de los que se creían acreedores á ser colocados en ella, y como estos eran infinitos, inundaron á Pascal de elogios, versos y cartas honorificas. Hizose asi célebre, y fue elegido para Historiador del Rey. Casase el Delfin, y publíca al proposito una oracion, como arrancada de los libros IV. y V. de su Historia. Muere por fin el elogiadisimo Histórico: registranse sus papeles.... ¿ y las Historias? y las Vidas? ni rastro de ellas. Para su intento las promesas bastaban. Y viniendo al fundamento principal de la Historia, que es la noticia de la verdad, ¿ quál es entre ellos el que no ofrece liberalmente dar escrupulosas pruebas de su desinterés, de su imparcialidad, de su indiferencia; y cotejandolos des-

despues entre sí, se halla estár tan discordes y opuestos en mucho de lo que refieren, que casi hacen inútil la noticia de las cosas pasadas ó acaecidas? Herodiano acusa á Alexandro, hijo de Mamea, y Lampridio y otros le alaban. Ammiano Marcelino y Montano alaban la virtud del Emperador Juliano, á quien otros maltratan y vituperan. Dion condena los hechos de Bruto y Casio, que Plutarco aprueba y elogia. Paterculo vé un excelente hombre en Seyano, nombre abominable para otros. Claudiano maldice á Rufino, preceptor de Arcadio y Zosimo, Zonaras, Eutropio y Paulo Orosio le colman de alabanzas. Y si esto hacen los que tienen mas motivos para alcanzar la certidumbre de los acaecimientos,

 ¿qué

¿qué deberemos decir de la temeridad de aquellos Genealogistas, que se consumen en subir á los primeros origenes de las familias? No hagamos caso de la locura de los antiguos Gentiles, que deribaban casi siempre de alguna Deidad la estirpe de sus Heroes: ni de aquellos tampoco que han pretendido demostrar los origenes de las Naciones, haciendo deribar, por exemplo, á los Españoles de Tubal, hijo de Jafet; á los Cambros de Gomero, otro hijo suyo; á los Ingleses de Bruto; á los Francos de Francion, hijo de Priamo, ó de Ector; á los de Brandemburg de Brenno, y á este tenor á otras Gentes de otros Progenitores. Lo que hay en esto que admirar, es, que en estos ultimos siglos haya habi-

bido hombres de una sencillez, ó de una adulacion tan ridícula, que hayan tenido ánimo para señalar y deribar sin interrupcion desde el mismo Adam, padre de todos los hombres, las descendencias de algunos Príncipes. Asi lo executaron Prudencio de Sandobal con la de Carlos V, Guillermo Slatyer, Inglés, con la de Jacobo I, Rey de Inglaterra, y Juan Messenio con las familias de todos los Reyes de Suecia. Ni fue, creo yo, mas feliz el estudio y la ocupacion de Jacobo Zabarela, y de Godofredo Siegfried Megandro, que describieron y delinearon en puntualisimas tablas los parentescos; aquel de Juan Casimiro Rey de Polonia, y este de Christiano, Duque de Saxonia, con casi todos los Reyes y Príncipes de Europa.

Mas vengamos ya á los Poetas, gente agradable y placentera en verdad, pero arrogante é hinchada, que sola por sí nos daría grande campo para hablar de la Charlatanería, si no tuviesemos que recorrer otras profesiones. Desde que algunos hombres doctos dieron en querer persuadir que Homero, el Padre de los Poetas, fue la fuente de donde descendió toda la extension de la sabiduría, Divina y humana, fue tal la vanidad que se apoderó de todos los que saben aprisionar sílabas, que creyendose cada uno igual, ó superior á Homero, juzgan y piensan hasta los mas miserables versificadores, que ellos, á imitacion de aquel, son los dispensadores del saber y de la prudencia. De esta solemne vanidad hay exem-

plos

plos muy notables y muy ridículos en todos los siglos, nacidos de no haberse hallado hasta ahora ruin coplero que se crea inferior á ninguno de quantos exercitan su misma Arte. De Lucio Accio, (Poeta cuyo nombre apenas ha llegado á nosotros) se cuenta que jamás quiso hacer acatamiento á Julio Cesar, quando pasaba al Colegio de los Pontífices, por creerle muy inferior á sí en la composicion de los versos. Mas ¿hasta qué punto no llegó la insensatéz del Italiano Belmonte Cagnolo, cuyo exemplo recopila en sí quanta fatuidad pudiera referirse de otros sus semejantes. Habiendo escrito un Poema sobre la toma y destruccion de Aquileya, vino el miserable á persuadirse, que todo el mundo estaba ocupado

 en

en admirar las excelencias de su Poesía; y figurandose el hombre mas célebre de la tierra, si quando pasaba por delante de algun Literato, no le acataba éste, ardiendo en cólera, ¿qué es esto? le decia. *No ha llegado á tu noticia el nombre del Abate Cagnolo, Autor del Poema de Aquileya, y de otros innumerables versos? ¡Oh! esto no es creíble.* Admitido en la Academia de los Humoristas, recitó una porcion de versos tan en sumo grado rudos y ásperos, que el congreso hubo de desatarse en risa, y celebrar al menguado Poeta con estupendas carcajadas: Mesuróse el hinchado Abate, y no muy satisfecho con tal genero de celebridad: *Insensatos* (les decia á gritos) *¿á qué viene esa risa? Yo, yo soy aquel Abate Cagnolo,*

lo, el mas antiguo de los que ahora componen esta congregacion, y el que ha conseguido tanta gloria con el excelente Poema de Aquileya, que no hay hoy ninguno de quantos viven, cuyo nombre sea mas famoso é ilustre. Y en buena fé, si ponemos la consideracion en el honor y distinciones con que los Poetas han sido tratados y admitidos casi siempre de los Príncipes, de los Soberanos, y de los Varones mas señalados en los Imperitos; los grandes premios con que han sido muchas veces recompensados; y la familiaridad que han tenido á veces con los Príncipes mas poderosos, no es mucho de maravillar que se envanezcan, y hagan magnífica estimacion de su habilidad. Alexandro el Grande,

habiendose parado á vér el túmulo de Aquiles, llamó felíz á este solo en haber logrado á Homero por panegirista de sus virtudes: y Cicerón osó afirmar, que á no exîstir la Iliada, la misma losa que cubrió el cuerpo, hubiera sepultado en eterno olvido el nombre del Debelador de Troya. Augusto compuso él por sí versos en alabanza de la Eneyda para apartar del intento de quemarla á los Testamentarios de Virgílio, que demasiado escrupulosos en el cumplimiento de lo que les habia mandado, querian en efecto darla al fuego. Entre los Poetas modernos que han adquirido inmensas riquezas y autoridad con versos no muy sobresalientes, es singular el exemplo de Pedro Ronsard. Logró tanta gracia y favor

vor con el Rey Carlos IX de Francia, que no temia contender con él á quál hacía mejores versos. La Reyna Isabel de Inglaterra le regaló un diamante preciosísimo, y Maria de Escocia un riquísimo menage de oro y plata, por sola la gloria de la poesía: creciendo al mismo tiempo á tal punto la estimacion que en su Nacion se hacía de él, que llegó á ser como proverbio vulgar, que la Francia no hubiera podido nunca deshechar de sí la tristeza y dolor que le causó la prision de Francisco I, si por una especie de prodigio no hubiera nacido Ronsard en el mismo dia en que aquel fue preso. Es tambien digno de trasladarse aqui lo que refiere Paulo Jovio del Poeta Camilo Qüerno. Llamado de su patria Monopoli, á la

la voz de que el Pontífice Leon X premiaba á los Poetas, y los acogia honoríficamente, marchó á Roma sin mas equipage que la Lira, á cuyo son llevaba ánimo de cantar al benigno Pontífice la friolera de veinte mil y mas versos de que constaba la Alexiada, Poema que él habia escrito. Tildaronle luego por suyo los Indivíduos de la Academia Poetica, viendo en él un Apulo, que dotado de un rostro alegremente gordo, y de cabeza bien cabelluda, parecia del todo á proposito para una coronacion jocosa. Recibido, pues, en un solemne banquete en la Isla del Tiber, dedicada á Esculapio; menudeando los tragos en una honda y capaz taza, y desplegando, al son de la Lira, todas las velas de su habilidad



en

en la Poesía, fue coronado con una nueva especie de guirnalda, entretegida de pámpanos, ramos de laurél, y hojas de berza, para darle á entender con tan adequado geroglífico, quanto debia cuidar de embotar su embriaguez con el uso de la col, enemiguisima, según se cree, de las vides. Fue despues saludado, por aclamacion de toda la Academia, con el soberano título de Archipoeta; derramando él muchas lágrimas con el gozo; y mas al vér que á una voz, y entre la festiva gritería de las aclamaciones, le repetian:

Salve, tu Archipoeta,
cuyas túmidas sienes
ciñe nueva guirnalda,
nuevas hojas guarnecen.
Al pámpano enlazada
la col, y al lauro verde,
si tu honor te atestigua,

tu remedio te advierte.
Viva el divino Qüerno,
viva, pues, que merece
que el gran Leon le escuche,
y sus versos celébre.

Conocido generalmente, no mucho despues, con el honor y título que se le confirió en tan magnífica solemnidad, fue conducido al Pontífice, en cuya presencia, á modo de arroyo despeñado, rompió en innumerables versos que cantó con voz sonora y no interrumpida: y fue tanto lo que Leon se agradó de él, y le supo caer tan en gracia, que en lo succesivo fue el mejor instrumento de su erudíta diversion, teniendole siempre consigo quando comia, alargandole á una ventana, donde estaba en pie, los platos de que él habia comido, haciendole beber de su mis-

mismo vino, y incitandole á versear repentinamente, con la precisa ley de decir dos versos por lo menos sobre cada asunto que se le propusiese, como por via de tributo de la comida. El modo de que usaba Qüerno para excitar la vena, haciendola fecunda con la embriaguez, me trae á la memoria este uso como consagrado ya desde muy antiguo entre los Poetas, y hablaria mas largamente de él, si no fuese tan sabido. Debemos empero decir algo aqui de los Poetas laureados, ya que con tal distincion se satisfacen de sí tanto como los antiguos vencedores en los Olímpicos, y establecen para sí exclusivamente un cierto principado en la Poesía. ¿Quién lo creeria del Petrarca, de aquel restaurador de

la

la Erudicion? Habiendo sido el primero que consiguió el honor de la laurea, no quiso ser coronado en otro sitio, que en aquel en que en Roma solian ceñirse la diadema los Emperadores. Luis Ariosto, al recibir la corona de la mano de Carlos V, fue tanto el gozo de que se llenó, y de tal suerte le sacó de sí la alegria, que arrebatado improvisamente, como si le acometiera algun fuerte delírio, corrió toda la Ciudad, dando muestras de estár mas furioso, que el mismo Orlando, cuya furia habia él cantado. Ni fue menor la ridícula vanidad de Enrique Glareano, de quien ya hemos hablado otra vez. Coronado por el Emperador Maxîmiliano I, y sabiendo que habian acudido á verle algunos forasteros, ceñida

da la laurea, y adornado con un collar de oro, se entró en un espacioso y bien adornado gabinete, y ocupando en él una cátedra, se estuvo inmoble dexandose vér; pero fingiendo que no veía á los que acudian, los dexaba ir sin hablarles palabra. Tambien hemos oído referir de Simon Dach, nombre celebradísimo en Prusia, que jamás se dexó vér en público sino con los atavíos de la corona y demás insignias que corresponden á un Poeta laureado. En efecto: no se puede negar: pecan un poco los Poetas en la ostentacion. ¿ Quién, sino este miserable vicio, los induce á amar ciegamente todo lo que escriben, y lo que es aun peor, á ser impertinentes con todo el mundo, fastidiando á amigos y no amigos, con sus ver-

sos

sos y composiciones que leen y releen á todas horas, á todos momentos, sin pensar comunmente en otra ocupacion, que en la de parir nuevos versos para detener y molestar con ellos á quantos encuentran en la calle? Ni tienen otro origen las estrafalarias invenciones en que dán á veces por pasar plaza de originales: los nuevos generos de versos que fingen, *curianticos*, *cancrinos*, *acrosticos*, *piramidales*, y qué se yo que otros nombres horribles, mas propios de Curanderos, que de Poetas. Tambien es efecto de su vanidad la destemplanza en las ficciones y mentiras; tales muchas veces, que no sólo pasando los límites de la verosimilitud, pero aun de lo portentoso y sobrenatural, dán en extravagancias absurdas, con



con que, ó trastornan, ó adulteran las ideas de las cosas, y el orden de ellas. No me detendré en el *furor* que llaman *poetico*, en que creèn que reside no sé qué vehemencia divina, que ninguno ha sabido difinir hasta ahora. Entran tambien en la Charlatanería muchos efectos de este tal *furor*; pero no es justo que nos detengamos en todo, mayormente esperandonos las fértiles inepcias de los Lógicos y Metafisicos.

Y á la verdad, ¿quántas no ha dado de sí esta familia? ¿Quién podrá sufrir tantas futiles y vanas disputas sobre las *formalidades*, *becceidades*, *quididades*, *intenciones*, *suposiciones*, *exponibles*, *reduplicativos*, *particularizaciones*, *supuestos*, *mediatos è inmediatos*, *complexos é in-*

incomplexos; en una palabra, sobre tanto número de sutilezas intolerables, en cuya comparacion parecerian torpezas las celebradas agudezas de Crisipo y Cleantes, y rudezas rústicas las capciosas argumentaciones de Dafita, Eutidemo y Dionisiodoro? Es verdad que en nuestras Escuelas no se oyen ya aquellas voces bárbaras, ni se disputa con grandes gritos y acaloramiento sobre aquellos importantes asuntos, *si Dios está en el firmamento en algun predicamento*; *quál sería mayor milagro, disminuirse el elefante á la pequeñez de la pulga, ó crecer la pulga á la corpulencia del elefante*; *si la Quimera, zumbando en el vacuo, puede comer segundas intenciones*: ó (dexando donayres) aquellas otras qüestiones, si no tan ridículas,

no menos vanas, *Quál es el principio de la individuacion; si es el objeto de la Física el ente movible, ó el cuerpo movible; si la materia primera es pura potencia; si es la materia acto entitativo; de qué modo principia la privacion los cuerpos naturales*: no se oyen ya (vuelvo á decir) en nuestras Escuelas estas qüestiones con la frecuencia que en los tiempos pasados; pero ¿se han aniquilado del todo? ¿Están enteramente limpias las Universidades de las heces de la barbarie? Me temo que dura todavia en algunas la tenacidad de las antiguas preocupaciones, si no del todo, quizá arraygada en cosas que bastan para detener los progresos de la verdadera sabiduría. Cierto es, que no por eso apruebo enteramente la ab-

absoluta inclinacion á las cosas modernas, abandonando las antiguas, ó tambien muchas de los Escolásticos. El estudio de la verdad no está ceñido á los tiempos, ni á la forma de la enseñanza ó de la investigacion. Sutilizan tambien los modernos: sueñan sistemas en la Metafisica; y es raro aun hoy el Filósofo que no hace incierta la verdad, por querer explicarlo todo, y reducirlo á determinados principios. La prudencia pide, que uniendo la industria de todos los siglos, de todas las Sectas, se entresaque de cada una aquello en que acertó, y continuando las investigaciones, sin odios recíprocos, sin partidos vanos, procuren los que se llaman Filósofos dilatar las provincias del entendimiento, en vez de escla-

vi-

vizarlas. Con vergüenza de la racionalidad se oyen todavía en algunas de nuestras Escuelas aquellos distintivos de bandos acabados en *istas*, en que los hombres que se llaman Doctores y Maestros hacen pública profesion de sostener á viento y marea un partido en que entraron sin eleccion, y unas opiniones, que en otras circunstancias se avergonzarian tal vez de que se las atribuyesen. Ni sé si sería tambien útil á los progresos de la sabiduría el destierro absoluto de las disputas, substituyendo en su lugar el exâmen racional de las cosas. ¿Quántas verdades hemos debido hasta ahora al combate de las controversias de pura porfia? ¿Qué grandes descubrimientos útiles al hombre han hecho hasta aqui los que alter-

cando con soberbio furor en un Acto Escolástico, ó en una disputa de ceremonia, no tienen otro objeto, que el de mostrar de qualquier modo, que saben mas que sus antagonistas? La guerra en la literatura, no menos que en los Estados civiles, es uno de los efectos de la deprabacion humana. Nació la disputa de las tinieblas del entendimiento, y no le ha sacado de ellas. Lo que fue al principio recíproca averiguacion, se convirtió en tema y terquedad; y un exercicio científico ha venido á parar en un espectáculo ceremonioso, que dexando siempre á los que intervienen en él en las mismas dudas é incertidumbres, origina odios, enemistades, bandos, sectas, y lo que es peor, la corrupcion muchas veces de las Ar-

tes y Ciencias, empeñada la vanidad en buscar y proponer temas y qüestiones extravagantes, para hacer ostentacion de profundidad y de perspicacia. *Ninguna infelicidad mayor* (decia el Sarisberiense) *que trabajar mucho en lo que nada ha de aprovecharte*. Las Ciencias serian á esta hora otra cosa de lo que son, si los que las tratan tuviesen siempre por guia este documento.

Poco me detendré en las doctrinas prácticas, porque ¿cómo es posible hallar inepcias entre aquellos que hacen profesion de ajustar el ánimo del hombre á los preceptos de la razon y de la virtud? Con todo eso: no todo se cumple como se ofrece, y en sola la doctrina de los afectos, hay quienes se jactan

de penetrar íntimamente las pasiones agenas, y tambien quienes prometen de sí refrenar las propias, y aun desarraygarlas del todo, á pesar de la constitucion de su naturaleza. Bien sabidos son los risibles dogmas de los Estoycos; que á nadie creían sábio, sino al que libre de todo afecto y perturbacion, se arrimaba mas al estado de estátua, que al de hombre. Siguieron sus huellas Luisino, Lelio Peregrino, y otros seiscientos, que propusieron leyes durísimas para contener y ahogar las pasiones, como si no fuera mas útil, y aun mas conforme á la constitucion del hombre prescribir medios para dirigirlas, y convertirlas al fin á que están destinadas. ¿Y quién no reirá de la necedad de algunos Escritores de estos ulti-

timos tiempos, que insinuandose en los mas íntimos escondríjos de la mente humana, piensan haber hallado una Arte exploratoria, con la qual determínan á punto fixo quantas onzas de íra, avaricia, ó deseos residen en el ánimo de cada mortal? Tambien son dignos de compasion algunos Políticos, que, ó formando Repúblicas soñadas, imposibles de acomodarse á lo que son en sí los hombres, ó dirigiendo los negocios por las reglas de la República de Platon, de la Utopia de Tomás Moro, ó de otras imaginarias, queriendo hacer felices á los Ciudadanos con reglas puramente especulativas, los desvian de la felicidad por no saber conformarse con la específica constitucion y necesidades del estado en que ha-

habitan. Mas pasemos á las Matemáticas.

¿Y qué? Tambien en las Artes de la evidencia y en las Ciencias de la demostracion hay Charlatanismo? Asi es en efecto. Consideradas ellas en sí, ningunas mas útiles al entendimiento: ningunas mas á proposito para dirigir las operaciones mentales, y acostumbrarlas á no desviarse en los raciocinios. Ellas enseñan á deducir consecuencias ciertas de principios simples y evidentes, con orden determinado é invariable. Disuelven lo obscuro: componen lo disuelto: lo distribuyen en sus legítimas partes, con lo que acostumbrada la mente á fixarse siempre en las cosas, procede en la argumentacion de verdad en verdad, se desnuda insensiblemen-

te de las preocupaciones vulgares que habia admitido sin reflexion, y nada aprueba sino lo averiguado y demostrado con aquel orden. Pero aunque es tanto, y tan trascendental el provecho de estos estudios; todavia hay infinitas cosas en ellos que (segun el dicho de Lactancio) *ni dañan al que las ignora, ni aprovechan al que las sabe.* Sería negocio muy pesado recorrer de una en una todas las partes de las Matemáticas: en las quales confieso tambien que es harto pequeña mi instruccion. Hablaré solo de los Arithméticos y de los Astrólogos, por ser los que mas incurren en la charlatanería. ¿ Qué cosa hay para aquellos, por inmensa que sea, por ilimitada, por incircumscripta, que des-
con-

confien de poder reducirla á cálculo? Señalan á punto fixo el número de las Estrellas, computan el de las arenas: si se les ruega, echando mano de la analisis de los infinitos, numerarán tambien exâctísimamente los átomos, y las mismas partículas de las exâlaciones. Ni deliran menos quando se introducen en las cosas sagradas. Ellos cuentan puntualísimamente el número de los azotes con què fue herido nuestro Santísimo Redentor: numéran las Espinas de què constaba la Corona; y pasando con insensata profanidad á investigar el inefable y sacrósanto Misterio del Dios Trino, explican por el número ternario la esencia de arcano tan superior á la flaqueza y tinieblas de la razon humana. ¿A

qué

qué mas pueden llegar sus vanidades ? Han hallado en fin una nueva doctrina, sumamente útil, sobre la *Nada*: y unas veces con Demonsio lebantan grandes y delicadas disputas sobre *la quarta parte de la Nada*; otras con Bouvelio escriben gruesos volúmenes sobre *lo que es mas que la Nada*; y sutilizando en esto con vana é inepta curiosidad, cargan de qüestiones ridículas á las Artes que menos las toleran. Su habilidad ha llegado hasta apropiarse frescamente el dominio del Sol, de la Luna, y de las Estrellas, mirandolas como patrimonio propio, y disponiendo de ellas á su alvedrío: porque despues que Hevelio, midiendo la Luna con cuidadosa exâctitud, nos dió aquellas sus elegantes Tablas geo-

geográficas lunares, en que describió sus selvas, lagos, montes y rios; Ricciolo creyó haber quedado á su cargo distribuir en provincias este nuevo Orbe; y partiendo como en dominio propio, dió una á Copérnico, otra á Galileo, otra á Képler, y por no quedar él ocioso y vacante, reservó para sí una excelente region, pero bien manifiesta á la vista. Estos mismos son los que, no solo trasladan al Cielo, y cuelgan entre los ástros el Pomo Imperial, el Cetro Brandebúrgico, las espadas Saxónicas, y otras insignias de los Príncipes, como en ostentacion del amor con que los veneran; sino que arrogandose el derecho de divinizar á quien mejor les parece, colocan entre las estrellas con nuevo género
de

de apotheosis, ya á vivos, ya á muertos, segun la necesidad ó el interés que los mueve: de cuya vilísima adulacion daría aqui exemplos bien notables, si no temiera degradar el mérito de algunos nombres. Pues ¿y los Astrólogos? Causa vergüenza solo imaginar que ha habido tiempos en que se ha dado crédito á sus vanísimas patrañas y fruslerías. La configuracion de los Astros y de las esferas ¿qué tiene que vér con los caprichos de los hombres y acaecimientos de la vida, para que por aquella se hayan de prevenir y pronostican estos? ¡Qué ceguedad! Prometian riquezas, pidiendo limosna á aquellos á quienes las prometian; y con todo eso se les daba fé. Sus predicciones se extendian á todo, como si una invencible ne-

necesidad atase al revolver del Cielo los efectos de la industria ó voluntad humana. La vida, la salud, los honores, el poder, las riquezas, la victoria, los matrimonios, los hijos, los amigos, los Magistrados, todo estaba sujeto á su prediccion; y los contínuos desengaños de su falsedad, no bastaban para arrancar de ellos la estimacion pública. Su audacia llegó á tanto, que hubo entre ellos quien se atrevió á formar heróscopo de nuestro Salvador, deduciendo sus Virtudes y milagros, porque al nacer tuvo á Saturno en Geminis; y profiriendo la necedad blasfema de atribuir al planeta Marte la muerte de Christo, en que se consumó la Obra de la Redencion. De los que hicieron esto, bien se pueden creer ridiculeces

de

de menor monta. El que desee conocerlos á fondo, lea á Juan Pico de la Mirandula, á Henrico Cornelio Agripa, que no dexan cosa que desear.

Ni acertaré á decir si es menos ambiciosa la curiosidad de los Físicos: sé por lo menos que en muchas cosas es harto inepta. Los que entre ellos llegan á persuadirse que no hay cosa debaxo del Sol que pueda ser inaccesible á sus experimentos, con grandísima pompa suelen decir solemnes absurdos. No ya se contentan con fixarse en las cosas que tienen delante de los ojos, siendo asi, que ni siquiera de estas se conocen aun las esencias: métense en las profundas entrañas de la tierra; averiguan las fuerzas cáusticas del fuego subterráneo; registran la fábrica

interior del globo; forman sus cálculos sobre el Caos, y primera composicion del mundo; y despues de largas novelas, muy bien ordenadas, pero sin mas apoyo que el de su fantasía, os dirán por fin que en la Luna hay hombres, y que el Sol es el sitio del infierno, esto es, la habitacion de los Diablos y los precitos. El gran mérito de la Física parece que se ha puesto ya en las ficciones. Por lo menos raro es el Físico famoso, que no ha adquirido la celebridad fingiendo nuevos principios de la Naturaleza, y edificando sobre ellos algun sistéma de Filosofia natural, firmísimo y solidísimo, segun ellos se persuaden, mas en la verdad tan débil y poco seguro, que apenas se resiste al mas leve impulso, mostrando en

la precipitada ruína la liviandad y corto conocimiento del Arquitecto. No es este vicio de ahora: viene como por herencia desde los primeros, que se llamaron Físisos. Thales de Mileto, aquel á quien el primero llamó *Sabio* el Oráculo, estableció que todas las cosas se componen del agua: Anaximandro, discípulo y succesor suyo, dixo que los principios de las cosas son infinitos: Anaximenes, discípulo de éste, los colocó en el ayre infinito: Hiparco, Heráclito de Efeso, y Archelao de Atenas, en el fuego: Anaxágoras Clozomeno fingió su Omoioméria, ó partecillas menudas y confusas, de cuya union hizo resultar la composicion de los entes: Parménides todo lo reduxo á la frialdad y al calor; el fuego que
 mue-

mueva, y la tierra que forme: Leucipo, Diodoro y Demócrito todo lo deduxeron del lleno y del vacío: Diogenes el Liberto, del ayre dotado de razon divina: Pitágoras, de los números: Empedocles, de la Discordia y los quatro Elementos: Epicuro, de los Atomos y el vacío: Platon y Socrates, de Dios, de las Ideas, y la Materia: Zenon, de Dios, la Materia, y los Elementos: Aristóteles, de la Materia, Forma y privacion: y en tanto, los Filósofos Hebréos venden por primeros principios la Materia, la Forma y el Espíritu. Ni hay mayor consentimiento entre los modernos, hora se atienda á los que empezaron á restaurar la Física, hora á los que posteriormente han trabajado en perficionarla. El Licolnense todo lo reduxo á los rayos: Reuclino á la

Cábala: Campanela, al calor, frio, y espacio: Verulamio, á las instancias: los Chímicos no saben salir de su sal, azufre y mercurio... Temo irritar la cólera de los Sistemáticos, si me detengo en aumentar la lista de sus desvaríos. Mas sin embargo, ¿ quién no reirá de algunas graciosas escrupulosidades de estos fidelisimos Intérpretes de la Naturaleza; quales fueron la de Santorio, que puesto en una balanza todo un dia, pesaba exâctísimamente la cantidad que arrojan los cuerpos por la insensible transpiracion; y la de Fusilio, que afirmaba haber muerto Julio Cesar Vanini, no consumido por el fuego en la hoguera, sino ahogado y sofocado por el humo, fundandolo (asi lo afirma en su Mastigoforo) en que el fue-

go tiene mucha mayor parte de frialdad, que de calor? Son tambien harto conocidas las sutilezas de Luiseto en la explicacion de la Naturaleza; tanto que el mismo Cardano, que es tenido por el Príncipe de esta casta de Sutilizadores, llegó á decir, que *en un solo argumento suyo de la razon contra la experiencia, habia dado en que entender á toda la posteridad.* Tambien pueden unirse á estos los Aristotélicos, quando los vemos tan obstinadamente asidos á sus qualidades ocultas: los Cartesianos, que desmintiendo con vanos sofismas las evidencias de la vista, quieren hacer pasar por máquinas insensibles á los brutos, y desnudarlos del sentimiento que á cada instante manifiestan: y aun tal vez me atreveria á poner en el mis-

mismo número á los Neutonianos con su atraccion, si no fuese tan grande y general el respeto que se ha adquirido este principio, con no diferenciarse de los demás, sino en ser el último sueño fisico que ha aparecido. Valdréme ahora de unas palabras de Lactancio. *¿Y qué utilidad me viene á mí* (decia casi al mismo proposito) *de saber el sitio en donde nace el Nilo, ó quanto deliran los Físicos á cerca del Cielo?* ¿Quál es el fin y designio de estas vanas é inaveriguables curiosidades, que usurpan el tiempo y la razon á mejores y mas utiles investigaciones? Tambien deberian tener aqui su justo lugar los ridículos Alchimistas, aquellos insensatos que fian de sí poder adquirir el fabuloso privilegio de Midas, y

por dár con la construccion de de una piedra, apedrean todos sus habéres; pero esta necedad ha sido ya ridiculizada por tantos, que apenas queda de ella otra cosa, que la memoria de que la hubo.

Paso, pues, á los Médicos (progenie de los Físicos), en quienes es tan propio y peculiar este vicio de la charlatanería, que habiendo entre ellos muchos muy doctos y muy prudentes, con dificultad se les puede distinguir de los Empíricos y Curanderos. Y en verdad ¿qué han de hacer, confesando ellos mismos con ingenuidad, que su Arte es en sumo grado instable, faláz y lúbrica; inciertísimas las causas de las enfermedades, y los remedios tan poco seguros, que los más experimentados sue-

len no pocas veces engañar las esperanzas del Médico? De suerte que al vér la incertidumbre de su profesion, se pudiera decir de ellos lo que Caton de los Arúspices: esto es, *que se maravillaba mucho de que no se riesen quando se veían unos á otros.* Su fórmula solemne, si se atiende al fondo y verdad de las cosas está reducida á ésta receta: *Si quieres sanar de no sé qué enfermedad, toma una yerva que no sé qual es: pondrasla no sé en dónde, y con esto curarás qué sé yo quando.* Pero la incertidumbre del arte no debe ser culpable, si su obscuridad nace de lo impenetrable de los sugetos sobre que versa. El daño está en que conociendola ellos mismos, son jactanciosísimos en prometer milagros; y recomendan-

dando profusamente sus pildorillas, jarabes, gotas, y otras drogas que propinan con grandes misterios y ponderaciones, quieren hacer creer que son capaces de restituír la vida á los muertos, quando en realidad no suelen hacer mas que convertir en muertos á los vivos. Matan impunemente con amplia potestad: felices entre tanto, porque sus aciertos se dexan vér á la luz del Sol, y sus desaciertos los encubre eternamente la tierra. La franca veracidad de Andrés Bacci, Médico Florentin, muy docto en su profesion, pero testarudo y de maldito genio, puede servir de exemplo para manifestar de qué modo proceden muchos de ellos en las curaciones. Llamóle una muger para que la visitase: fue: tómala

el

el pulso, que descubria cierta vehemencia en la calentura: informase, y preguntala por fin, qué edad tenia. La pobre muger, usando de una ingenuidad poco comun en su sexò, respondió que sesenta y tres años. Arroja furioso el brazo de la doliente, y muy hosco, ¿*hasta quándo* (la dice) *quieres estár sirviendo de estorvo en el mundo*? y echando á correr la dexó. Saben muy bien los bellacos quánto pueden la fuerza de la imaginacion y las apariencias mimicas en las gentes vulgares; y fiando en ellas siempre con seguridad, unas veces con Kenelmo Digbi ensalzan la admirable virtud de los polvos simpáticos; otras con Leonardo Turneissero recogen los medicamentos simples quando las constelaciones se hallan en deter-

terminada situacion; ya aplican nuevos reloxes que indiquen el tiempo que gastan las pulsaciones, á imitacion de Juan Floyero; y ya remedando á los Curanderos, llaman á consulta á la orina, y por el color, tacto, y casi tambien por el gusto, quieren decidir puntualísimamente quanto pertenece á la enfermedad. Merece referirse aqui un cuento gracioso que sucedió en los tiempos pasados con un Embaydor de estos. Jactabase con grandísima confianza de que con solo mirar la orina de qualquier enfermo adivinaría infaliblemente, no sólo la naturaleza de la dolencia, pero tambien sus causas y ocasiones, ya fuesen naturales, ya casuales. Es el caso que su ciencia no pasaba mas allá de las diligencias de sus criados;

por-

porque estos prevenidos por él, averiguaban disimuladamente quanto pertenecia á los enfermos que le consultaban, y comunicandoselo con reserva, le inspiraban una segura infalibilidad en los pronósticos. Sucedió, pues, que llevandole un dia una pobrecilla muger la orina de su marido para que la registrase, viendola él, la dixo sin detencion alguna: tu marido ha rodado la escalera de tu casa. ¡Santo Dios! (exclamó asombrada la infelíz mugercilla) ¿esto has podido conocer con solo mirar la orina? Asi es (replicó él muy sério); y si yo no me engaño en todo, los escalones por donde rodó fueron quince. Nególo la muger, diciendo que ella habia contado veinte. ¿Sí? (dixo el bellaco, con mucha frescura) pues

pues algo será ello. ¿Está aqui toda la orina de tu marido? Respondióle faltar una porcioncilla que habia arrojado, por no haber cabido en el orinal. Pues vé ahí (la respondió muy colérico) la causa de mi equivocacion: con esa porcioncilla de orina arrojaste los cinco escalones que faltan á mi cuenta, y por tu ignorancia ó descuido has puesto mi infalible ciencia en peligro de padecer descrédito..... Quién puede enumerar ni poner en claro las innumerables trampas y ardides de que se valen para engañar á la miserable plebe? Baste decir, que su comun axioma es *que pues el mundo quiere ser engañado, es menester darle gusto.*

Vengamos, pues, á los Jurisconsultos; á aquellos que en los

los siglos pasados se intitulaban *Monarcas invictísimos del Derecho en el Orbe*: ¿y quál es aun hoy entre ellos, aunque sea el mas ridículo Doctorcillo, que no ame llamarse *Cesar en uno y otro Derecho*? »Mas en verdad (uso de las palabras del mas elocuente de los Romanos) ¿qué »dignidad puede haber en cien»cia tan menuda? Las cosas de »que trata son de pequeño mo»mento, reducidas á sílabas, y »á la puntuacion de las voces. »Si logró admiracion en algunos »tiempos, fue por la misterio»sidad con que se recataban sus »fruslerías: publicadas estas, y »hechas comunes, cayeron en »descrédito, y se echó de vér »que eran despreciables. Enoja»ronse algunos, y recelando que, »revelado el misterio y cuenta

»de

»de los dias, se ventilasen los »negocios sin intervencion suya, »compusieron ciertas fórmulas pa- »ra que en todo fuese precisa su »direcion.« A estas mismas fórmulas y cláusulas solemnes (que componen solas la Jurisprudencia de muchos Letrados, persuadidos infelízmente de que ellas forman la verdadera esencia del Derecho) las llama tambien Ciceron *vaciisimas de prudencia, pero llenas y atestadas de fraude y de necedad; Arte que solo consta de cosas fingidas y forjadas caprichosamente*: y ponderando la ninguna dificultad que hay en aprender materias tan menudas, prorrumpe al fin en estas palabras: »Todavia si me en- »fadais, con estár afanado en- »tre infinitas ocupaciones, me »atreveré á hacer profesion de

»Ju-

»Jurisconsulto con solo el estu-
»dio de tres dias.« Me engañaré yo mucho, si oso afirmar que estas expresiones vienen como clavadas á muchos de nuestros Juristas? Puede ser que no sean unos mismos los vicios; pero ¿qué sería de nosotros, si sobre aquellos, viesemos en ellos otros de peor condicion? ¿Desean algunos distinguirse del comun de sus semejantes? Helos ya aqui asidos á la Crítica (profesion jurídica que no conoció la Antigüedad), Arte que consiste toda en garlar siempre voces y clausulas griegas, y andar en adivinaciones, muchas veces impertinentes, las mas inútiles, algunas ineptas y disparatadas. ¡Oh! qué gusto es verlos, si por casualidad llegan á convenirse en sus conjeturas con

el texto del Códice Florentino, venerable por su cana ancianidad! Alli es el saltar de gozo, el ponderar su incomparable diligencia, el tenerse y reputarse por los hombres mas felices que sustenta le haz de la tierra. Verdad es, que no siempre son de agradecer sus enmiendas y correcciones; y bien es de temer que queriendo enmendar las leyes, corrompan las sanas, y tras esto destrocen y despedacen las corrompidas, pervirtiendolas de todo en todo. Con todo eso, son todavia mil veces mas ridículos los que quando tienen que orar ó defender alguna causa, por no dár á entender que imitan á los Leguleyos, citan sentencias y versos de Filósofos y Poetas antiguos, importunisimamente, y con manifiesta pedantería. Bal-

zac cuenta haber oído á un famosísimo Abogado de Francia, explicarse en una Defensa en estos términos: *Os enseñará vuestra obligacion, ó Procuradores, Homero en el libro K de la Iliada, y Eustatio su Escoliaste, en aquellos versos*; y sin pararse relató diez ó doce de Homero, que habia tomado de memoria, malditamente pronunciados. Hay otros, que encaprichados con el Derecho Natural, tan decantado en nuestros dias, hacen burla de Justiniano y Triboniano, teniendolos por hombres estultisimos, y apenas dignos de que se les corrija: y esto porque vén que no pusieron al frente de las Pandectas algun Tratado de Derecho Natural, segun se enseña en estos tiempos; ó porque, creídos de

 que

que no le supieron, se figuran que el Cuerpo del Derecho no pudo executarse bien careciendo sus Autores del conocimiento de aquella Ciencia. Que el Legislador haya ajustado sus leyes á las utilidades ó necesidad del Pueblo: que los Estatutos hayan sido comprobados con el largo uso y voto de muchos é íntegros Jueces; nada les importa: en no ajustandose al Derecho Natural que ellos se han forjado allá en su imaginacion, no puede haber ley justa, ni estatuto recto. Mas ¿ quál serían la justicia y la rectitud entre los mortales, si los Legisladores hubiesen de seguir las ideas particulares que sobre ellas tiene cada uno de estos Naturalistas? Ni son de mejor condicion los indigestos Citadores, familia

lia abundantísima entre los Letrados; porque si bien todas las profesiones abundan harto en pedantes, en la Jurisprudencia, no sé por quál fatalidad, ha sido siempre excesivo el número. Hayan de dár un parecer; hayan de pronunciar un voto; revuelven quantos Autores pueden haber á las manos; amontonan una enorme selva de citas; y recargando las márgenes de sus Papelones, creen que merecen grandes premios por la habilidad de haber copiado de cien Autores cosas inútiles é impertinentes. Este defecto le notó ya Erasmo en su siglo. »Los »Jurisconsultos (dice) se atri»buyen el primer lugar entre los »Erudítos: ningunos hay entre »éstos, que se agraden tanto co»mo ellos de su profesion; y

 »con

»con todo eso, esta no se dife-
»rencia mucho de la pena de
»Sisifo: revuelven siempre unas
»mismas leyes; reducen seiscien-
»tas á un mismo espíritu; las
»acomodan á un sentido solo; y
»esto sin pararse á considerar
»si vienen ó no al caso: amon-
»tonan glosas á glosas, opinio-
»nes á opiniones; y porque esto
»es para ellos dificultoso, creen
»que hay gran mérito en prac-
»ticarlo, teniendo por excelente
»lo que es dificil, como si el
»decir disparates no costase á
»veces grandisima dificultad.«
Deberiamos tambien decir algo
aqui de los que profesan la *Ra-
bulistica*, llamada por Aristóte-
les *Arte de mentir*. Quando los
vemos semejarse á la necesidad,
esto es, carecer de leyes: quan-
do para lograr nombre entre los
ig-

ignorantes, se les vé hechar mano de sutilezas ridículas, sofismas indecentes, sentencias de Oráculo, clausulones de estrépito, y las demás Artes de la mas pestilente Charlatanería: quando abusando con pérfida abominacion de las trampas que subministra lo versatil de las fórmulas y de las interpretaciones legales, deduciendo artículos de artículos, nuevas causas de las antiguas, dilatan los pleytos, obscurecen su conocimiento á los Jueces, revuelven y enredan los cabos de la justicia, truecan y alteran las apariencias á los hechos para deslumbrar á los que han de decidir; y todo esto por la vil ganancia, por el interés sordido, á veces tambien por tema y terquedad iniqua: quando se les vé, digo, dár motivo

con estas y otras acciones feas á la exècracion del pueblo, al horror con que se oye generalmente el nombre de *Abogado*; bien creo que se me sufriría con gusto que me alargase aqui algun tanto en poner de manifiesto estos males, cuyo conocimiento toca con tanta intimidad en el interés público. Pero sería preciso ocupar largas paginas: entrar en una maraña confusísima; y lo que es peor que todo, suscitar contra mí el odio de los que se reconociesen en la pintura; y esto ya se vé no es de mi interés.

Restan ya únicamente los Teólogos. ¿Me atreveré yo á entrar en el sagrado de esta Ciencia? Si hubiese de hablar solo con los doctos, con los prudentes, con los moderados, con los

que

que conocen y lloran los defectos que la fragilidad humana ha introducido hasta en la misma Ciencia de la Divinidad, diría con sencilléz lo que es digno ciertamente de corregirse, y lo que hombres de gran saber han notado como poco conforme á la santidad de la Religion de Jesu-Christo. Ni en el púlpito, ni en la enseñanza, dexan de verse abusos bien lamentables, que á los enemigos de la Religion les hacen mil veces juzgar de ella menos decorosamente de lo que es debido; naciendo de aqui, que la santidad del Culto se vèa expuesta á padecer sátiras, que deberian caer sólo sobre los que le adulteran. La Moral mas pura que ha conocido el indeciso y miserable Mortal en beneficio de su misma esencia, ha sido tra-

ta-

tada mucho tiempo; mas como ciencia de combates, sectas y disturbios escolásticos, que como medio para hacer felices á los hombres. Se han reducido á opiniones las obligaciones mas urgentes de la voluntad humana: ha habido tiempos en que un Christiano pecaba, ó no pecaba, en gran número de sus acciones, segun la escuela ú opinion á que se inclinaba, ó le hacian seguir. Cesaron ya estos abusos. Pero nunca es ocioso advertir sus daños, para que no renazcan, y tambien para eximir á la Religion del descrédito á que la han expuesto, tal vez la ignorancia, tal el zelo indiscreto, tal la supersticion. Y ¿por qué en ella han de sostenerse pertinazmente sistemas alterables, tomados de una filosofia que ni conocieron, ni hizo falta;

á los Apóstoles y primeros Padres, con evidente riesgo de mantener odios y discordias recíprocas en una Religion que enseña la paz, la union, el amor, la mútua concordia entre los que la profesan ? Conozco empero quán dificil es que dexen de obrar la vanidad y el interés en el hombre, aun quando trata los asuntos mas santos y Divinos. ¿Quántos suben al púlpito, mas á darse en espectáculo, que á persuadir é inspirar los sentimientos de la virtud? ¿Quántos disputan del Dogma y la Moral, mas para hacer ostentacion de sí, que por celo de sostener la verdad de lo que defienden? en qualquier Arte, en qualquier profesion es dañosa la Charlatanería: en el Teólogo, no solo dañosa, pero exêcrable. La felicidad mayor de los hombres

está puesta en la enseñanza de los que profesan la ciencia de la Religion. Si estos traspasan los límites debidos: si no enseñan lo que deben: si imbuyen al pueblo en credulidades vanas: en una palabra, si no inspiran la pureza, rectitud, candor, virtud, santidad que vino á establecer en la tierra la predicacion de Jesu-Christo; no me atreveré á decir que engañan á los hombres; pero afirmaré, que quando piensan servir á la Religion, la perjudican.

